JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

EL PAN DE PIEDRA

(EL CARBÓN)

Drama en cinco actos

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913

9

PAN DE PIEDRA

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los Países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El arreglador se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de autores españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL PAN DE PIEDRA

(EL CARBÓN)

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

ESCRITO POR

JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

Estrenado en el Teatro Apolo, de Barcelona, la noche del 15 de Noviembre de 1913

BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELENA, hija de Mister Jameson.	*Sra. Pujol.*
KETTI, su doncella	*Srta. Valero.*
CONDESA DE WILSON.	*Sra. Bayona.*
MUJER DEL PUEBLO	» *Gassó.*
MISTER JAMESON, propietario de minas de carbón.	*Sr. Rojas.*
ARTURO, su hijo	» *Perelló.*
SAMSON, antiguo servidor de la casa . . (70 años)	» *Carnicero.*
RICARDO, capitán del ejército inglés. .	» *Delor.*
WILLIAM, hijo de Samson	» *Estrems.*
CORONEL, marqués de Cowes	» *Castells.*
FULTON, maestro de escuela	» *Guillemany.*
WIT, maquinista	» *Sierra.*
VANDIK, criado de Mister Jameson . . .	» *Mer.*
CONDE DE WILSON, rico minero del Trust	» *Baduell.*
MISTER VORT, íd. íd.	» *Crespo.*
MISTER PETERSON, íd. íd.	» *Casanova.*
OBRERO.	» *Torres.*
MÉDICO	» *Baduell.*

Mineros, oficiales y soldados del regimiento de Irlanda.

La acción en Inglaterra.—Época actual

Dirección artística: **Don Miguel Rojas**

ACTO PRIMERO

Sala de lujo severo. Puertas laterales y al foro. Balcón en el primer término derecha. A la izquierda, mesa escritorio.

ESCENA PRIMERA

Aparece Mister JAMESON, sentado junto a la mesa escritorio

JAMESON Los números me dan la razón con su lógica inapelable. Los beneficios que yo alcanzo son superiores a los que obtienen, en igualdad de circunstancias, mis adversarios del Trust. Bien claramente lo indican mis balances. Y esto ¿qué demuestra? Que mis trabajadores realizan también un mayor esfuerzo... Que son más inteligentes y activos... De modo que el éxito nos corresponde a todos. A mí, porque procuro instruirles y a ellos, porque ponen en el trabajo, íntegramente, su buena voluntad.

ESCENA II

Dicho y SAMSON, viejo trabajador de las minas, por el foro

SAMSON ¿Hay permiso, señor Jameson?
JAMESON Adelante, Samson, adelante.
SAMSON ¿Habré venido a interrumpirle?

612208

JAMESON No, hombre, no. Tome asiento.

SAMSON Muchas gracias... Bien estoy de pie...

JAMESON Como usted quiera.

SAMSON No es nada de particular, señor Jameson.

JAMESON Sea lo que fuere. Diga.

SAMSON Ya sabe usted que mi hijo Carlos...

JAMESON ¿Qué ha hecho ese mozo? ¿Ha pintado algo más? Será un artista.

SAMSON Qué no lo oiga, porque podría envanecerse. A mí ya me asombra. Bien es verdad que soy su padre y esto le quita mucho mérito a la buena opinión que tengo formada, pero hay que alabar en el muchacho el tesón que demuestra por la pintura, aprovechando todo el tiempo que le deja libre el trabajo... Ahora ha hecho un retrato. Casi me avergüenza tener que decirlo... Ha pintado a la señorita Elena. Y como no está del todo mal, he dicho: Esto ya merece que lo vea el amo.

JAMESON A ver... A ver. (Tomando el rollo de papel que trae Samson y descubriéndolo para mirar el dibujo.) ¡Magnífico! ¡Sorprendente!

SAMSON ¿Le gusta al señor?

JAMESON Mentira parece que esta obra de arte haya salido de manos de un neófito. El parecido es exacto. La imagen se halla impregnada de un encanto irresistible... Y William, su hijo, ¿por qué no ha venido a recibir mis plácemes?

SAMSON ¿No ha de venir? Ya lo creo. Sólo que quedó en la antesala aguardando a que...

JAMESON No gaste cumplimientos. Tráigale al punto.

SAMSON Con su permiso. (Vase Samson por el foro.)

ESCENA III

JAMESON

JAMESON No hay nada más prodigioso que el misterio en que se envuelven estas predispo-

siciones naturales. He aquí un discípulo de Apeles, que de un salto, y sin saber cómo, ya hace honor a su maestro.

ESCENA IV

Dicho, SAMSON y su hijo WILLIAM, por el foro

SAMSON Aquí le tiene usted, lleno de cortedad.
WILLIAM Buenos días, señor Jameson.
JAMESON Pasa, hombre, pasa.
SAMSON A ver si te tengo que llevar a remolque.
JAMESON Venga esa diestra.
WILLIAM Yo, señor, yo...
SAMSON Haz lo que te dice.
JAMESON Fuera de toda alabanza, William. Has hecho un cuadro hermoso y te felicito sinceramente.
WILLIAM Muchas gracias, pero ¡ si es tan fácil pintar a la señorita !
JAMESON ¿Y cuándo habéis realizado tan primorosa labor? Mi hija Elena ha guardado el secreto admirablemente.
WILLIAM La señorita nada sabe.
JAMESON ¿Cómo?
SAMSON Ahí está el *toque,* señor, ahí está el *toque.*
JAMESON ¿La has retratado sin verla?
WILLIAM Tanto como eso...
JAMESON ¿Cómo, entonces, se ha verificado el prodigio?
WILLIAM Es que...
SAMSON Explícalo todo, sin dejarte ni una coma.
WILLIAM Estos días primaverales la señorita Elena suele bajar al parque al rayar el alba. Allí toma el desayuno junto a unos rosales. Y mientras tanto yo...
SAMSON Se atascó el carro.
JAMESON Yo te ayudaré hombre. No se trata de ningún delito sino de una obra meritoria. La has retratado escondido en el ramaje.
WILLIAM Eso ha sido, señor, eso ha sido.

JAMESON Pero esta labor supone muchas horas de atenta observación y tú no has faltado ningún día al trabajo.

WILLIAM Allí oculto he tomado sólo los perfiles... Lo demás lo hice en casa con auxilio de la mente porque la imagen de la señorita Elena se me quedaba impresa... con aquella luz matinal tan pura... y la beldad de su cara...

JAMESON Hasta discurres y hablas como un poeta.

SAMSON No es tan tonto como parece.

JAMESON No tienes libros... careces de dibujos...

WILLIAM Algunos he comprado. No es todo fantasía como mi padre cree.

JAMESON La pintura es de carne y hueso. Ahora verás el asombro que le produce a mi hija Elena.

WILLIAM ¡Por piedad, señor!

JAMESON ¡Cómo! ¿No te gusta que se aplauda el mérito de tu obra? ¿Y más por la propia interesada?

WILLIAM Luego... cuando nosotros nos vayamos. Se lo suplico.

SAMSON Mire si es cortedad la suya. Se ha puesto a temblar como un chiquillo.

JAMESON No me admira, Samson, no me admira. La timidez es una de las más bellas cualidades del genio que empieza a revelarse. Se cumplirá tu deseo; tranquilízate.

WILLIAM Gracias, señor, gracias.

JAMESON Ahora vamos a lo esencial. Desde hoy quedas bajo mi protección. Puesto que se ha revelado en ti una predisposición tan grande por la pintura, justo es que la cultives. Prepárate para marchar a Roma. Allí perfeccionarás tu afición y acaso seas una gloria de tu patria. De los gastos no hay que hablar. Corren de mi cuenta.

SAMSON ¿Te has quedado sin habla? Qué haces que no le besas la mano en señal de agradecimiento.

WILLIAM ¡Señor!

SAMSON ¿A qué esperar?

WILLIAM Y aun los pies le besaría con el alma al señor Jameson, pero...

JAMESON ¿No te agrada mi proposición?... Esto es lo que más me maravilla.

WILLIAM Bien me encuentro en la tierra donde nací. ¿Abandonar yo esta cuenca minera? ¿Separarme de mi taller de maquinaria? ¿Dejar mi trabajo? ¿Dejarles a ustedes? No es posible... Se me han pegado al corazón.

SAMSON Te has vuelto loco, sin duda.

WILLIAM No, no estoy loco.

JAMESON Bueno, bueno; ya lo pensarás mejor y más detenidamente. Te doy tiempo para rectificar, todo el que quieras. (Dentro rumores en el foro). Ya deben hallarse ahí los maestros. Que no se detengan, Samson.

SAMSON ¡Voy allá! (Vase por el foro).

ESCENA V

SAMSON y WILLIAM

WILLIAM (Haciendo ademán de retirarse.) Con su permiso...

JAMESON Quédate. No se trata de ningún asunto reservado. Me embelesa tu cuadro, William. No me canso de admirarlo.

WILLIAM Es la señorita la que...

JAMESON Qué diablos ha de ser la señorita. Eres tú que ya te revelas como un verdadero artista.

ESCENA VI

Dichos y SAMSON, WIT y FULTON por el foro

FULTON ¡Señor Jameson!

JAMESON ¡Buenos días, maestros, buenos días!

WIT Y tan buenos.

JAMESON Traen cara de satisfacción.

WIT Los ejercicios de esta semana han sido superiores.

JAMESON Qué me place.

WIT Mire usted qué pieza tan acabada hecha a torno.

JAMESON Me gusta. Me gusta.

WIT Calibrada a las cinco décimas de milímetro.

JAMESON ¿Trae el calibrador?

WIT Aquí está.

JAMESON (Después de medir cuidadosamente el diámetro de la pieza de hierro que le entregó Wit). Admirable, Wit, admirable.

WIT Es un trabajo excelente.

JAMESON ¿Y qué edad tiene el muchacho?

WIT Catorce años aun no cumplidos. Es el hijo del maquinista Garge.

JAMESON ¡Ah! Garge. Buen padre tiene. Hay que otorgarle el premio de esta semana. ¿Y los demás?

WIT Valientes mozuelos. Hay uno de doce, que ya calibra las piezas al milímetro.

JAMESON ¡Hola! ¡Hola! Será cosa de felicitarle a usted también.

WIT No, señor. El mérito pertenece por completo a los discípulos.

JAMESON Pásele al taller de ajustes.

WIT Ese va a ser su mayor premio. Ya le estoy viendo saltar de alegría.

JAMESON Y usted, maestro, ¿qué nuevas trae?

FULTON ¡Magníficas!

JAMESON Ya veo que abulta el cartapacio.

FULTON Son unos pícaros. Me dan cada sorpresa... Mire usted que ejercicios de escritura.

JAMESON Buena semana, maestros, buena semana.

FULTON Hay que darle el premio a este muchacho, hijo del carpintero del circo de Buitron... Fíjese....

JAMESON ¿Qué edad tiene?

FULTON Asómbrese usted también, Wit. No ha cumplido aun los ocho años.

JAMESON Una plana correctísima. Pueden verla todos.

WIT Cierto que es notable.

SAMSON Buen pulso tiene el muchacho.

WILLIAM El mérito no estriba sólo en el pulso, padre.

FULTON ¿De modo qué?

JAMESON Hay que premiarle, no hay duda.

FULTON Ayer me dijeron los niños... dígale a nuestro amo que...

JAMESON Nada de amo, Fulton, nada de amo. Nadie tiene derecho a ese título. Los hombres no tienen amo. Tienen consejeros, maestros, directores, pero no amo. Conviene que vaya usted inculcando estas ideas en el ánimo de sus discípulos.

FULTON ¡Ah! Señor Jameson ¡Qué bien ganadas tiene usted las simpatías...

JAMESON Al grano, al grano... ¿Qué dicen esos picaruelos?

FULTON Que tienen muchas ganas de verle.

JAMESON Es verdad que no fuí a la escuela el jueves pasada como tengo por costumbre. Pronto han notado la falta.

FULTON Hay más, señor Jameson, hay más.

JAMESON ¿Tratan de imponerme algún correctivo? ¡Hola!

FULTON No tanto; pero son más atrevidos... Unos... niños... Vamos; ya hallé la palabra.

JAMESON Me alarma usted... ¿Qué han hecho esos niños?

FULTON Nada. que como no pueden pasar tanto tiempo sin verle...

JAMESON Acabe usted.

FULTON Se han venido en manifestación.

JAMESON ¡Cómo! ¿Y están ahí?

FULTON Si, señor. Ahí en la calle aguardando a que usted se asome al balcón para saludarle.

JAMESON ¿Y usted es la cabeza del motín?

FULTON No, señor Jameson... Es cosa suya. Pa-

labra. Yo me opuse; pero cualquiera detiene los impulsos de estos corazones juveniles.

JAMESON Les daremos gusto. No hay que aguarles la fiesta. (Se asoma al balcón del primer término derecha).

FULTON Mire qué enjambre. Allí están.

JAMESON ¡Hijos míos! (Oyese dentro un viva estruendoso de voces de niños seguido de grandes aplausos). ¡Basta! ¡Basta! Este espectáculo me conmueve demasiado. Váyanse todos y usted, Fulton, dígales a sus discípulos que les permito por esta vez que entren en el parque.

FULTON ¿Qué dice el señor? Son capaces de...

JAMESON ¿De coger flores? Bueno. Que cojan cuantas quieran. Los niños son flores también.

SAMSON ¡Quede con Dios!

JAMESON ¡Vayan! ¡Vayan! (Vanse todos menos Jameson por el foro.)

ESCENA VII

JAMESON

JAMESON Esos picaruelos se han apoderado de mi voluntad. ¡Pobres niños! ¡Qué bien empieza a germinar en sus pechos la flor del agradecimiento!

ESCENA VIII

Dicho y ELENA, por la segunda izquierda

ELENA Papá.

JAMESON Llégate. Llégate...

ELENA ¿Qué hay?

JAMESON ¿A ver si conoces a la que hay retratada en este cuadro?

ELENA ¡Qué sorpresa recibo tan agradable! Soy yo. Me estoy mirando al espejo... ¿De quién es tan sublime retrato?

JAMESON Adivínalo.

ELENA Debe ser de un gran artista. Lo has recibido por el correo? Mas siendo así ¿cómo se las compuso el autor para hacer una obra tan fidedigna? ¡ Oh ! Ya lo comprendo. Has mandado alguno de mis retratos y sobre la fotografía...Pero no ; no es posible. No tengo ninguno en esta posición... Aquí estoy mejor.

JAMESON A ver si sales de ese laberinto.

ELENA ¿Y estos rosales?

JAMESON Apareces ahí, junto a ellos, como una rosa llena de gracia y hermosura.

ELENA Descúbrase la incógnita. Esta obra merece tener un marco adecuado. Será también una obra artística.

JAMESON Maravíllate, Elena. El autor de ese cuadro es un modestísimo obrero.

ELENA (Desencantada). ¡ Ah ! ¡ de un obrero !

JAMESON Sí ; de William, el hijo del viejo Samson.

ELENA (Dejando fríamente sobre la mesa el retrato y tomando asiento.) ¡ No está mal ! ¡ No está mal !

JAMESON Ya tenemos aquí la eterna injusticia. Te habías entusiasmado con la idea de que el autor fuese un gran artista, una reputación mundial que halagase tu vanidad de mujer... y ahora que sabes quien lo ha pintado, como se trata de un humilde obrero, dices fríamente que no está mal.

ELENA Me impresionó a primera vista... más luego me he fijado mejor.

JAMESON La moraleja de siempre. Un rico arroja al suelo perlas falsas y todos quieren apoderarse de ellas... Un pobre ofrece perlas de buena ley y nadie las acepta.

ELENA ¿Y con qué permiso se ha permitido hacer mi retrato ese obrero? Ha debido atisbarme en alguna parte.

JAMESON ¿Qué estás diciendo?

ELENA Que a mí no me place verme objeto de tal inquisitiva. Debes castigar su atrevimiento, papá.

JAMESON ¿Qué es lo que se esconde debajo de esta cabecita? Mírame.

ELENA Ya te miro.

JAMESON Mal huesped se aloja en tu cerebro, hija mía... Has admitido al demonio de la vanidad y esto me disgusta en extremo.

ELENA No hay que tocar a ninguno de tus obreros. Para ti esos señores siempre tienen razón.

JAMESON La tienen, mientras no se demuestre lo contrario.

ELENA Bueno; venga esa obra de arte. (Levantándose para tomar el retrato.)

JAMESON (Saliéndola al paso y coartando su acción.) No, hija, no. Este retrato no te pertenece.

ELENA ¿Cómo que no?

JAMESON Como que es mío.

ELENA ¿Tuyo?

JAMESON Sí, por cierto. Las perlas de los pobres no puede recogerlas la vanidad porque haría mal uso de ellas... Tú sólo mereces perlas de artificio ofrecidas con guante blanco... Yo oficío de guardia de honor del Templo del Arte y no permito que te apoderes de una obra para cuyo autor has tenido tan poco aprecio y tan ínfima estimación.

ELENA (Volviendo a ocupar su asiento.) Me has humilado. Está bien.

JAMESON Discutámoslo con calma. ¿Crees tú que un obrero, siendo trabajador y honrado, vale menos que otro hombre, aunque éste sea un gran señor?

ELENA Infinitamente menos. Por algo hay clases.

JAMESON ¿Qué clases?

ELENA Las categorías sociales.

JAMESON Pero, ¿qué tiene que ver la categoría social con la inspiración artística? ¿Pretende William, acaso, que le hagan príncipe, ni siquiera codearse contigo por haber pintado ese retrato?

ELENA Es una familiaridad, una osadía que no

debieras consentir. ¡Ocultarse para verme!... ¡Dios sabe el tiempo que habré estado sometida a la inspección de ese obrero!... ¡Me avergüenza pensarlo!

JAMESON Pero, ¿haces tú algo indigno, algo reprobable, cuando te crees acompañada, sólo, de tus rosales?

ELENA ¡Papá!

JAMESON Bueno, hija mía, bueno. No extrememos tanto la cuestión. Confiesa que ese William, ese muchacho, es digno de tu admiración y aprecio, y pongo en tus manos el fruto de su inspiración artística.

ELENA No lo esperes.

JAMESON Tu acritud obedece a que no te has fijado bien en este hermoso retrato. Con decirte que mi orgullo de padre está satisfecho plenamente... En estos ojos resplandece una llama divina...

ELENA ¿Dices que?....

JAMESON Acércate y lo verás.

ELENA No, no. Continúa.

JAMESON ¿Y en los labios?... ¡Oh, en los labios!... ¡Qué vivo y fresco está el carmín!... Parecen dos rosas de amor.

ELENA (Levantándose y tomando el cuadro.) ¿De amor, dices?... (Pausa. Después de mirarle atentamente, lo arroja con sequedad sobre la mesa.) No. No me place. Es de un obrero. No me resulta.

JAMESON ¿Lo rechazas de nuevo? Ahora sí que ya no es tuyo definitivamente. (Se sienta y escribe debajo del retrato.)

ELENA ¿Qué haces?

JAMESON Escribir al pie el título que mejor le cuadra.

ELENA ¿Qué has escrito?

JAMESON «La cabeza es hermosa, pero sin seso.»

ELENA ¡Segunda humillación! Suma y sigue.

JAMESON Yo no te he educado con esa altivez. ¿Por qué eres altiva? He procurado inculcar en tu alma ideas de modestia. ¿Por qué no sigues mis consejos? ¿Cómo es que

brotan en tu corazón esos sentimientos de soberbia?... Ve sumando, hija, ve sumando, porque el capítulo de cargos es interminable.

ESCENA IX

Dichos y ARTURO, por el foro, dando muestras de una gran contrariedad

ARTURO ¡Padre!

JAMESON ¿Qué hay, Arturo?

ARTURO ¿Has dado tú, permiso, para que esa turba de muchachos invada los jardines del parque?

JAMESON Efectivamente.

ELENA ¿Qué han hecho?

ARTURO Nada podemos objetar nosotros, Elena, contra semejante invasión. La ha permitido nuestro padre.

JAMESON Pero bien. ¿Qué han hecho? ¿Se trata acaso de la invasión de Atila?

ARTURO Poco menos; pero no quiero disgustarte. ya sé que quieres mucho a esos rapaces y hay que respetar esa debilidad de tu carácter.

ELENA Fijamente que lo habrán destrozado todo. ¿Y mis rosales? ¡Ay, Dios mío!

JAMESON En resumidas cuentas... Han tomado algunas flores...

ARTURO Una *razzia,* una *razzia* completa.

JAMESON No te apures, Arturo. Todo eso lo suple la Naturaleza en una sola noche. Las flores y los niños se atraen, y es justo que alguna vez se les ponga en contacto. No han sido pocas las que tú me has dicho, Elena, que te encanta ver a los pajarillos retozando en la arboleda. Pues bien, hazte cuenta que ha caído sobre el parque una bandada.

ELENA Los niños a la escuela, papá, a la escuela.

JAMESON Ya van a la escuela los días laborables sin faltar uno; pero hoy es domingo y hay que darles alguna expansión.

ARTURO Que vayan al campo libre.

ELENA O a sus casitas respectivas.

JAMESON Van donde les conduce el cariño y les guía la mano del maestro. Tratáis de recriminarme y tomáis a los niños por blanco para hacerlo indirectamente. Esto no es justo ni piadoso. Ni hace honor a vuestros sentimientos filiales, porque el daño no lo causáis a ellos; lo inferís a vuestro padre.

ELENA ¡Oh! No.

ARTURO Te equivocas.

JAMESON Yo bien sé de donde toman origen estos disgustos y resquemores. Sobran los disfraces. Os ha disgustado profundamente la determinación que he tomado, de donar a los trabajadores parte de los beneficios que se obtienen por la explotación de estas minas. (Pausa). Bien claramente lo indica vuestro silencio. Os compadezco. Sois víctimas del egoísmo exagerado. Hacéis una mutilación cruel en vuestras almas, privándolas del placer más hermoso de la vida...del placer que el alma experimenta haciendo justicia a la labor ajena. Voy a dejaros para que formuléis la respuesta que habéis de darme con entera libertad. (Hace medio mutis y volviéndose les dice). Sabed que los niños son ajenos a las diferencias que separan a los hombres. (Al llegar al dintel de la puerta se detiene, por último, y dice con voz solemne). Los niños no son ricos ni pobres. Para ellos no hay más que un tesoro en el mundo. La alegría de vivir. ¡No les robéis ese tesoro! ¡No matéis esa alegría! (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA X

ARTURO y ELENA

ELENA — Nuestro padre no se enmienda.

ARTURO — Que haga donación de toda su fortuna a los trabajadores y que deje a sus hijos en la calle. Así acabaríamos de una vez.

ELENA — ¡Sus hijos! Estoy sospechando que sus verdaderos hijos son los obreros.

ARTURO — Hacerles parte en nuestros beneficios. Estoy indignado.

ELENA — Cómo si ellos tuviesen ningún derecho a participar de la ganancia adquirida a costa de nuestro capital.

ARTURO — Lo más original del caso es que la suma que importan esos beneficios, repartida entre tantos miles de obreros, no ofrece ningún dividendo de importancia.

ELENA — ¿Cuánto ha percibido cada obrero?

ARTURO — Según el sueldo que disfruta.

ELENA — Por término medio.

ARTURO — Unas diez libras.

ELENA — ¿Y qué son diez libras?

ARTURO — Doscientos chelines, que no son nada en total.

ELENA — Nada, absolutamente.

ARTURO — En globo, para nosotros, es algo.

ELENA — Ya lo creo.

ARTURO — Aun no sabes lo mejor.

ELENA — ¿Hay más todavía?

ARTURO — Acaban de relatármelo. La otra mañana paseaba el bonachón de nuestro padre por la barriada más concurrida de los obreros. Se le acercó un chiquillo y trabó conversación con él de igual a igual, como si se hubiesen encontrado dos individuos de la familia.

ELENA — ¡Eso no me sorprende! Ya es viejo.

ARTURO — No he terminado.

ELENA — Sigue, sigue.

ARTURO Nuestro padre echó mano al bolsillo y le entregó ¿cuánto dirás?

ELENA Qué se yo.

ARTURO ¡ Pásmate ! Un chelín.

ELENA ¡ Un chelín !

ARTURO Como si un chelín no fuese nada.

ELENA ¡ Una friolera !

ARTURO Ahora viene lo más interesante.

ELENA ¿Qué pasó?

ARTURO El bribón se echó a llorar con la moneda en la mano.

ELENA ¡ Le parecería poco ! Yo le hubiera dado una palizita.

ARTURO Al ver que lloraba como una Magdalena nuestro padre, que ya se retiraba, se volvió para tomarle en sus brazos.

ELENA ¡ Cómo si fuera su hijo !

ARTURO ¿Por qué lloras?, le preguntó. —Porque yo no quería un chelín. Yo quería un beso. ¿Qué te parece?

ELENA ¡ Oh !

ARTURO Ya lo ves hasta los niños engañan a nuestro padre.

ELENA ¿Y hemos de consentirlo?

ARTURO No, y mil veces no.

ELENA ¿Quién hace caer la venda de sus ojos?

ARTURO Nosotros.

ELENA ¿Y cómo?

ARTURO Ya veremos. Me satisface que se haya descorrido el velo que encubría nuestro disgusto. Desde hoy la guerra será franca. Hay que procurar a todo trance que tenga fin ese encantamiento que le producen los obreros. Sí, sí. Esto es... Hay que desacreditarles.

ELENA Creo que has dado con la única solución que tiene el problema. Me gusta ese plan.

ARTURO Si nuestro padre les conociera a fondo no sería con ellos tan generoso.

ELENA No cabe duda. Hay que desprestigiarles sea como fuere.

ARTURO ¿Hagamos un pacto?

ELENA .Hagámoslo.
ARTURO Tú trabajarás por un lado. Yo trabajaré por otro.
ELENA Conformes. (Se dan la mano).

ESCENA XI

Dichos y WILSON, capitán del ejército inglés, por el foro

WILSON Buenos días.
ELENA Hola, Ricardo.
WILSON ¿Qué tal, Arturo?
ARTURO ¡Schp!...
WILSON Haces cara de disgusto. Malo.
ELENA Dichoso tú que nunca te disgustas.
WILSON ¡Oh, mi querida Elena! ¡Qué mal me juzgas!... Todo es cuestión de disciplina interna. Ahora me hallas risueño, porque me han encantado esos niños que retozan, alegres, corriendo por los jardines del parque.
ELENA ¡Ah! ¿Te han encantado?
WILSON Me detuve a contemplarles con deleite. ¡Es tan dichosa esa edad! ¡Es tan dulce vivir sólo por vivir!
ARTURO Bueno... Bueno... Agota ese tema porque es muy interesante. A mí me aburre.
WILSON No te vayas. Hablaremos de otra cosa.
ARTURO Te dejo en compañía de Elena. ¿Qué más quieres?
WILSON Magnífico, Arturo, magnífico. ¡Qué Dios te lo premie! (Vase Arturo por el foro.)

ESCENA XII

WILSON y ELENA

WILSON ¿No te gustan a ti los niños, Elena?
ELENA No... Es decir... sí... Digo, no.
WILSON ¿Que sí o que no?

ELENA Me pones en un aprieto, Ricardo. No es tan fácil como parece contestar a esa pregunta.

WILSON Contesta con franqueza a estilo militar. ¿Me quieres?

ELENA ¿No lo sabes? Te quiero con toda mi alma.

WILSON Entonces deben gustarte los niños, o no hay lógica en el mundo.

ELENA ¿Pero, qué niños?

WILSON Todos, sin excepción alguna. ¡Qué dicha si yo pudiera ser padre de todos!

ELENA ¡Vaya una ocurrencia!

WILSON Entiéndelo en el buen sentido de la palabra...

ELENA Sí, hombre, sí... pero no te parece que con dos ya podrías darte por satisfecho.

WILSON Son pocos, Elena, son pocos...

ELENA Bueno, pongamos cuatro.

WILSON Concédeme siquiera hasta una docena. No seas tacaña.

ELENA En eso te pareces a mi padre. Se le abre la boca de gusto cuando ve a los hijos de los obreros. A todos les llama: hijos míos.

WILSON Hace bien.

ELENA ¿Aplaudes su conducta?

WILSON Ya lo creo. Buena diferencia va con la que sigue mi padre. Tiene uno solo, que soy yo, y aun le parece que le sobra. Me tiene disgustado profundamente. ¡Ah! Si él fuese como el tuyo, como el honorable y nunca para mí bien ponderado señor Jameson, ya estaríamos casados, y quien sabe, quien sabe si tendríamos ya formada la primera pareja y en proyecto la segunda.

ELENA Me ruborizas, Ricardo.

WILSON ¿Por qué?

ELENA Por tu franqueza demasiado militar.

WILSON Inglaterra necesita muchos trabajadores y soldados y si alguien no se encarga de hacerlos... adiós, patria.

ELENA La culpa no es de tu padre.

WILSON ¿De quién es?

ELENA Del mío.

WILSON ¿Porque se ha emancipado del Trust? ¿Porque reparte entre los trabajadores parte de sus beneficios? En cambio tiene paz y sosiego... y en el Trust andan siempre a tiros con la fuerza pública.

ELENA ¿Y tú prefieres?...

WILSON Que haya paz. No creas que al ejército de ningun país le plazca derramar la sangre de los obreros por las calles. Nuestros soldados gustan de pelear contra los enemigos de Inglaterra, pero no contra los trabajadores, que son hijos de la patria.

ELENA No es eso sólo. Mermando así los beneficios, mi padre no puede otorgar a su hija la dote que la corresponde con arreglo a nuestra posición social.

WILSON ¡La dote! Yo no te quiero por la dote... ¿Sabes por lo qué aman los labradores a la flor del naranjo? Por las naranjitas que produce. Por eso te quiero yo también con el ramo de azahar Por las naranjitas que produce.

ELENA No sólo se vive de amor.

WILSON Me basta con la paga que cobro.

ELENA ¿Estás loco, Ricardo?... ¿Con la paga que cobras pretendes ser padre de todo el mundo?

WILSON Me has salido al paso; es verdad. En serio, Elena. He tenido un fuerte altercado con mi padre... No tardará en venir a esta casa con otros dos del Trust.

ELENA ¿El conde Wilson aquí?

WILSON Traen mala embajada. Quieren convencer al señor Jameson y amenazarle si no lo consiguen con tomar represalias. Yo manifesté mi opinión contraria y nos disgustamos seriamente. (Dentro rumores.) Ya están ahí... Vamos nosotros al parque, Elena, y de paso nos embelesaremos viendo a esos niños.

ELENA ¿A esos niños?... Bien. Vamos. Por aquí. Bajaremos por la escalinata de mármol.
(Vanse por la segunda puerta derecha.)

ESCENA XIII

Aparecen por el foro el CONDE WILSON, Mister VORT y Mister PETERSON, con VANDIK

VANDIK Esperen aquí al señor. Voy a darle aviso.
(Vase Vandik por la primera izquierda.)

ESCENA XIV

Los mismos, menos VANDIK

CONDE Hay que proceder con diplomacia.
PETERSON Y con mucha energía.
VORT Sin contemplaciones de ningún género.
CONDE Eso si llega el caso.
VORT Naturalmente.
PETERSON Silencio. Aquí viene.

ESCENA XV

Dichos y JAMESON, por la primera izquierda

JAMESON El honorable conde Wilson.
CONDE A sus órdenes.
JAMESON Mis acaudalados colegas Vort y Peterson.
VORT Aquí nos tiene, señor Jameson.
PETERSON Con el gusto de verle.
JAMESON Tomen asiento. Tomen asiento. (Se sientan.) ¿Y a qué debo el honor de verles por esta su casa?
CONDE Señor Jameson. Sabemos que a usted no le gustan los preámbulos.
JAMESON A lo substancial, señor Conde, a lo substancial.

CONDE Venimos en nombre de todos los que explotamos los productos carboníferos en esta gran cuenca minera, para suplicarle que desista de su empeño de comerciar solo por su cuenta.

VORT Venimos a ofrecerle condiciones muy favorables para que se decida a formar parte del Trust.

PETERSON Y esperámos que no desatenderá nuestros ruegos.

JAMESON Después del señalado honor que recibo por la visita que me hacen, siento mucho tener que decirles que no acepto proposición alguna que tienda a desviarme de la marcha que llevo y del objeto que me propongo.

CONDE Exponemos a su consideración los males que nos acarrea su conducta.

JAMESON ¿Cuáles son? Tiene la bondad el señor Conde de indicarme alguno de ellos.

CONDE Con las exageradas concesiones que usted hace a los obreros, se extiende la emulación a nuestras zonas.

VORT Las pretensiones aumentan...

PETERSON Las huelgas se suceden sin interrupción y el descontento cunde.

CONDE Hasta un extremo tal que los trabajadores dicen que en nuestros establecimientos el pan que se come es de piedra y en el de usted se como el pan de harina.

VORT Dicen que nosotros les damos el pan negro.

PETERSON Y que usted les da el pan blanco.

JAMESON Eso tiene un remedio facilísimo, señores.

CONDE ¿Cuál?

VORT Sepámoslo.

JAMESON Yo creo que los trabajadores tienen derecho a comer el pan blanco y no el pan negro. Este es el que sacan de las entrañas de la tierra con el sudor de su frente, con destino a los hornos de la industria... Para la mesa debe servírseles el pan blanco.

El vientre de la máquina no es como el estómago del hombre. Los trabajadores quieren pan de harina... Pues con darles pan de harina asunto concluído.

CONDE Eso no puede ser.

JAMESON ¿Por qué razón?

CONDE Porque los beneficios que el Trust obtiene se verían mermados de un modo considerable.

JAMESON ¿Qué productos ha obtenido el Trust en el año que acaba de finar?

CONDE Seis millones de libras esterlinas.

JAMESON Pongamos que se hubiera repartido la mitad de esa suma entre los mineros y empleados del Trust, aun se hubiesen ustedes usufructuado con la enorme suma de tres millones de libras, participando de este pingüe usufructo muchos copropietarios que pasean su opulencia en Londres merced al trabajo que realizan los obreros.

CONDE Es usted un excelente matemático, señor Jameson.

JAMESON No hay justicia más clara y evidente que aquella que puede demostrarse por medio de los números, señor Conde.

VORT Dispénseme nuestro apreciable colega, mas yo creo que esas doctrinas no están bien en sus labios.

PETERSON No encajan el comerciante y el moralista en una sola pieza, señor Jameson.

JAMESON Eso tiene una réplica muy justa y acabada. Yo aplico la Moral a la producción y explotación de los carbones y obtengo un resultado magnífico. En mi establecimiento se disfruta de una paz octaviana. Los obreros se encuentran satisfechos realizando su penoso trabajo. Tienen escuelas para instruirse ellos y sus hijos. Buenos médicos cuando se quebranta su salud y algunos ahorrillos que van engrosando su patrimonio. Yo pongo el capital... Ellos ponen el trabajo y nos partimos las

ganancias... Ya ven ustedes que no se necesita una gran moralidad para comprender que esto es, por ahora, lo mejor que puede hacerse para solucionar los conflictos que se originan entre el Trabajo y el Capital.

CONDE — Damos por terminada esta entrevista. (Levantándose. Todos le imitan.)

VORT — Le vemos empedernido en unas teorías anarquizantes y no nos queda otro recurso que apelar a las represalias.

JAMESON — Tome el Trust las que quiera. Yo seguiré de un modo imperturbable el plan que me he trazado.

CONDE — Por lo pronto quedan interrumpidas nuestras relaciones personales y también las que mi hijo Ricardo venía sosteniendo con su hija Elena.

JAMESON — Lo siento por las bellas prendas morales que adornan a su hijo, pero los principios de buena equidad y justicia que yo sustento se hallan por encima de mis afectos paternales. Puede hacer lo que guste.

PETERSON — No concibo semejante terquedad.

CONDE — Una terquedad suicida.

VORT — ¿Qué provecho saca usted, en sus balances, con tales derroches de generosidad? (Dentro rumores y voces infantiles.)

JAMESON — ¡Ah! Son mis pequeñuelos que quieren despedirse. Ellos van a dar la respuesta. (Se acerca al balcón.)

UNA VOZ DE NIÑO — (Dentro, en la calle.) ¡Viva el señor Jameson!...

TODOS — ¡Viva!...

JAMESON — ¡Adiós, hijos, adiós! Ahí tienen ustedes el provecho que yo saco en mis balances. Hemos concluído, señores. (Señalándoles la puerta del foro, hasta que baja el telón. El Conde, Vort y Peterson vanse por el foro.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Especie de despacho contiguo al taller de máquinas. Todo el foro lo constituyen unas vidrieras, al través de las cuales se ven algunos volantes que se hallan funcionando. Salida por una pequeña puerta del foro y otras dos laterales.

ESCENA PRIMERA

En el foro un grupo de obreros mirando al través de las vidrieras en actitud expectante. Entre ellos, el viejo SAMSON y OBRERO

SAMSON — Afortunadamente no hay que lamentar ninguna desgracia.

OBRERO — Ha sido un milagro.

SAMSON — Lo siento por el maestro Wit. Mírale. Está más pálido que la cera oyendo las amonestaciones que le hace el señor Jameson.

OBRERO — Ha sido un descuido lamentable. El tubo conductor no hubiera estallado si se hubiera tenido en cuenta la buena función de la válvula.

SAMSON — Es verdad. Es verdad.

OBRERO — ¡La señorita!...

ESCENA II

Dichos y ELENA, por la derecha

ELENA — ¿Qué ha sucedido?

SAMSON — Un pequeño accidente.

OBRERO — Un tubo auxiliar que ha estallado.

ELENA — ¿Y mi padre?...

SAMSON Se ha disgustado, naturalmente.

ELENA Y tiene razón sobrada. No es justo que por descuidos ajenos se perjudiquen intereses propios. Si los encargados de las máquinas tuvieran más cuidado no pasaría eso; pero aquí todo anda como Dios quiere.

SAMSON Dice usted muy bien, señorita. Nos retiramos.

ELENA Quédese usted, Samson. (Toma asiento. Vanse los demás por la lateral izquierda.)

ESCENA III

ELENA y SAMSON

ELENA ¿Dónde está su hijo William?

SAMSON Pintando; siempre pintando. Desde que el señor le ha relevado de todo trabajo para que pueda entregarse por completo a su afición, delira por llevar al lienzo todos los paisajes más salientes y pintorescos que ofrece la Naturaleza por estos contornos.

ELENA ¿Y dónde pinta ahora?

SAMSON Sobre el montículo que se halla al extremo del parque. Allí le dejé absorbido en su faena.

ELENA Cuando le vea usted de nuevo dele de mi parte las gracias por el retrato que ha hecho de mi persona.

SAMSON Yo no se lo digo, señorita.

ELENA ¿Por qué?

SAMSON Porque eso es demasiado. Sería capaz de volverse loco de alegría. ¡Anda! Nada menos que de labios de la propia señorita. No. No me atrevo.

ELENA ¿Es humilde el hijo de usted?

SAMSON No, no lo es tanto cuando se codea con sus iguales; pero así que se trata de sus señores ya es otra cosa. Por usted se de-

jaría matar como un borrego, dispense la frase. Yo le digo muchas veces : Hombre, parece que la señorita te ha hechizado.

ELENA ¿Y él qué dice?

SAMSON Hechizos tiene ; y de ahí no le saca nadie.

ELENA Bueno... Bueno. Váyase usted.

SAMSON Quede con Dios la señorita.

ESCENA IV

ELENA

ELENA Bueno, es que ocurran estos accidentes. Así verá mi padre que no es oro todo lo que reluce y que no son los obreros tan dignos de su aprecio como a él se le figura. Nuestro plan es magnífico. Hay que desprestigiarles a todo trance... Pero la avería de una máquina puede justificarse... Sería preciso que el desprestigio se efectuase por una acción que llegase hasta el alma de mi padre hiriéndola en lo más vivo. Si ese muchacho, ese William que se ha enamorado locamente de mí se permitiese hacer algo más que el retrato de su señorita... Oigo pasos.

ESCENA V

Dicha y el capitán WILSON por la derecha

ELENA ¿Cómo? ¿Tú por aquí?

WILSON Pensé que tendría que bajar al fondo de alguna mina para verte.

ELENA ¿Así desoyes los consejos paternales? Tú padre te ha prohibido que... debes obedecerle.

WILSON ¡ Bah ! ¡ Bah ! Tú le confundes con el coronel de mi regimiento.

ELENA Tu padre tiene razón, después del desaire que le hizo el mío.

WILSON Sentémonos.

ELENA No sé si debo... (Se sientan).

WILSON Escúchame, a ver si te parece bueno mi proyecto.

ELENA Me asustas porque te considero capaz de todo.

WILSON De todo cuanto no sea indigno de un capitán del ejército inglés.

ELENA Habla. Ya te escucho.

WILSON El señor conde de Wilson... Ya comprenderás que se trata de mi señor padre.

ELENA Sí, hombre, sí.

WILSON El señor conde de Wilson, repito, se ha salido de la Ley moral, del derecho natural y hasta del artificial al oponerse a la continuación de nuestras relaciones... Yo soy mayor de edad, mi querida Elena, y puedo hacer de mi capa un sayo como se dice vulgarmente... De manera que si al señor Jameson no le disgusta hacerse otro sayo parecido, tú y yo, la encantadora Elena y el bizarro capitán Ricardo Wilson, podemos contraer matrimonio antes de dos meses, pese a la voluntad adversa del autor de mis días. ¿Qué te parece?

ELENA ¡Estás loco, Ricardo! Enemistarnos con tu padre?... ¿Con el noble aristócrata?... Con el hombre a quien debes el sér. Tan perspicaz en los negocios... Tan...

WILSON Entendámonos. ¿Te has de casar con mi padre o conmigo?

ELENA Contigo, pero debemos amoldar nuestra conducta a las circunstancias. Detengamos por algún tiempo los impulsos del amor... Yo abrigo la esperanza, la certeza de que mi padre cederá al fin a nuestros ruegos y cuando caiga la venda de sus ojos reanudará las relaciones con el señor Conde... Entonces podremos casarnos con beneplácito de las dos familias. Esto es lo que nos conviene.

WILSON Eso va para largo, mi querida Elena y

la Patria necesita que se aumente el número de sus ciudadanos.

ELENA No me convences.

WILSON A mí me corre mucha prisa.

ELENA ¿A mí no?

WILSON ¿Así me desairas? (Pausa). Leo en el fondo de tu alma, Elena.

ELENA Mejor.

WILSON Yo soy franco como buen militar... Tu alma lucha entre el amor y la vanidad.

ELENA ¿La vanidad? ¿Por qué la vanidad?

WILSON A ti no te encantan como a mí las dulces perspectivas que ofrece el hogar cuando se trata de dos enamorados.

ELENA ¡Valiente perspectiva r[illegible]frece el hogar con sólo el haber que [illegible]utas!...

WILSON Ya salió la frase... Se subió tu corazón a los labios.

ELENA Quieres que lo confiese. Bueno; pues lo confieso. No me gusta casarme como los obreros; con lo que llevan puesto y con un plan debajo del brazo.

WILSON Temes que mi padre me desherede, desgajando el árbol de su nobleza perdiendo así la esperanza de poderte llamar la condesa de Wilson.

ELENA (Levantándose) Me has ofendido. Voy a dar un paseo a caballo. Adiós. (Vase por la derecha).

ESCENA VI

WILSON

WILSON Estaba por marcharme de esta casa y no volver más a ella... Pero no, no... Tendré paciencia... Elena se halla imbuída por el demonio de la vanidad pero en el fondo es buena muchacha. Me ha desmontado diciendo que se va a dar un paseo a caballo. ¡Vaya un aire que tomó de reina

ofendida !... La verdad es que mi estocada fué también de daga florentina. La franqueza de mi carácter me perjudica en muchas ocasiones. Y ¿qué hago aquí soportando el peso de estas enormes calabazas? Debo irme a la calle con viento fresco. Rompan filas. (Vase por la derecha.)

ESCENA VII

Aparecen por el foro JAMESON y WIT

JAMESON (Tomando asiento junto a una mesa escritorio.) Venga aquí. Explíquese con entera libertad.

WIT Estoy aterrado, señor Jameson.

JAMESON ¿Cómo ha podido sufrir tan enorme descuido? ¿Cómo no ha vigilado el buen funcionamiento de la válvula de seguridad teniendo en cuenta que se estaba realizando un trabajo a la presión máxima.

WIT No puedo hablar. Se me ha secado la garganta y me quema el ardor que siento en los labios.

JAMESON Ya veo que es mucha su pena. Tranquilícese.

WIT Es una avería muy grave, señor, es una avería muy grave.

JAMESON Pero el daño es sólo material. Lo peor hubiera sido que...

WIT Si manda usted que me tire al pozo de la mina me arrojo de cabeza.

JAMESON Nada de eso. ¿Llora como un chiquillo?

WIT Sí, señor... Y no me avergüenzo.

JAMESON Descargue la nube y explíquese.

WIT Yo no acierto a comprender cómo ha podido verificarse la rotura del tubo...

JAMESON Si no funcionaba bien la válvula trabajando a diez atmósferas, se comprende perfectamente.

WIT La inspecciono todos los días y puedo asegurarle por la salud de mis hijos que

esta mañana, antes de empezar el trabajo, la válvula se hallaba en perfecto estado. No sé, señor. No sé cómo ha podido entorpecerse su buen funcionamiento.

JAMESON Aquí viene mi hijo... Váyase. Ya ventilaremos eso más despacio.

WIT Obedezco al señor. Quede con Dios. (Vase Wit por la izquierda.)

ESCENA VIII

JAMESON y ARTURO, por el foro

ARTURO Acabo de llegar y me han dicho que...

JAMESON Sí. Hemos sufrido un percance en la sección de máquinas, pero sin trascendencia alguna.

ARTURO ¿Le quitas importancia a un accidente tan gravísimo?

JAMESON ¡Bah!

ARTURO ¡Cuándo hubiera podido sacrificar a más de un obrero!... Cómo si la vida de un hombre no significase nada.

JAMESON Me place que te haya entrado de repente un interés tan grande por la vida de los obreros. Se conoce que has mudado de parecer.

ARTURO ¿Por qué dices eso?

JAMESON Porque otras veces no te has expresado en tales términos. Para ti un obrero debía equipararse a una máquina de fácil substitución. Se inutiliza una y no hay más que cambiarla por otra.

ARTURO Pero es que ahora...

JAMESON Ahora te sientes más filántropo... más sentimental.

ARTURO Supongo que a ese Wit, maestro encargado de la sección de máquinas, le habrás despedido en el acto.

JAMESON ¿Lo ves, Arturo? Ahí tienes el objeto de tu improvisada filantropía.

ARTURO ¿Serás capaz de conservarle en su puesto?

JAMESON Apelo a tus humanitarios sentimientos.

ARTURO ¡Ah! Sí. No me acordaba que ese Wit es tu ídolo. ¡Ay de aquél que ose tocar ni a uno sólo de sus cabellos!

JAMESON Estalla un tubo y los pedazos saltan sin sacrificar la vida de ningún hombre. Estalla tu cólera y esto ya no puede ocurrir sin que alguno sea sacrificado. La fatalidad ciega y torpe es más benévola que la inteligencia noble y humana.

ARTURO Si Wit hubiera inspeccionado la válvula hubiera advertido la imperfección. Luego faltó a su deber porque la válvula...

JAMESON ¡Todo sea por la válvula!

ARTURO Es inútil discutir contigo. El maestro Wit continuará desempeñando su cargo hasta que un día me levante yo de mal humor y...

JAMESON ¿Serías capaz de despedirle?

ARTURO Ya lo creo.

JAMESON Te permito ese desahogo en gracia de las circunstancias que lo justifican hasta cierto punto.

ARTURO Papá; necesito que entremos en serias explicaciones.

JAMESON Hace ya días que vengo observándolo. Despáchate a tu gusto.

ARTURO Aquí, nosotros, Elena y yo, no significamos nada. Somos tus hijos, pero como si no lo fuéramos. Tu cariño paternal se va por otros senderos. Se va a los trabajadores. Por tu maldita determinación de donarles parte de los beneficios que obtienes, te has enemistado con el conde Wilson, echando a rodar la dicha de Elena y el magnífico porvenir que la aguardaba casándose con Ricardo. A mi me pones en ridículo, privándome de los medios necesarios para que yo brille como corresponde a mi clase, teniendo que hacer un papel desairadísimo al lado de otros

jóvenes de más modesta posición social... No hay forma alguna de convencerte de que el cariño que adviertes en los trabajadores obedece, sólo, a un interés puramente bastardo. La situación para nosotros resulta ya insostenible y vemos con toda claridad el porvenir que nos aguarda: la bancarrota y con ella la desgracia y la miseria...

JAMESON ¿Has concluído?

ARTURO He concluído.

JAMESON Pues ahora me toca a mí. En primer término te advierto que me son conocidos perfectamente los móviles que te inducen a llevar a cabo tan frecuentes excursiones a Londres.

ARTURO Asuntos del negocio.

JAMESON Y de faldas. Allí tienes una querida.

ARTURO Te han informado mal...

JAMESON Allí tienes una querida. Una alhaja...

ARTURO Te aseguro que...

JAMESON Una alhaja de Eden Concert.

ARTURO Palabra.

JAMESON Que hace un estrago en tu peculio.

ARTURO Nada de eso. Nada de eso.

JAMESON En tu peculio y en tu moral.

ARTURO Falso. Falso.

JAMESON Déjame acabar. Hablemos siquiera como los cómicos. Ya empezarás tú cuando yo acabe.

ARTURO Quisiera saber quién te ha informado...

JAMESON Lo malo no es que tengas una querida. Ya sé lo que es la juventud y no te recrimino por eso, aun advirtiendo los enormes dispendios que haces por ella. Lo malo es que quieres tener tantas como el hijo del señor Peterson, ese joven libertino con alma de cieno, quien malgasta en bacanales y mujeres buena parte del producto que se extrae de las entrañas de las minas y del corazón de los trabajadores.

ARTURO No puedes quejarte de mí. El hijo del señor Peterson vive en la mayor opulencia. Tiene cuatro automóviles. Yo sólo tengo uno. Vivo modestamente y me callo.

JAMESON Te callas y tienes la osadía de levantar la voz en mi presencia. Este es un pequeño compendio de cuánto ha de ser la sociedad venturosa del porvenir, pero esto no os satisface. ¿Es preciso que tú tengas una docena de queridas y cuatro automóviles de los más caros y lujosos. ¿Es necesario que Elena ostente en su garganta collares de perlas de cinco mil libras para que se vea satisfecha vuestra vanidad?

ARTURO Somos ricos y tenemos derecho...

JAMESON Eso es. Vosotros tenéis derecho a la inmoralidad y los trabajadores no tienen derecho a la vida. ¡Magnífico! Porque tú tengas más de una querida y más de un automóvil los obreros que vivan como gusanos ¡Soberbio! Porque te diviertas y despilfarres en Londres y Elena haga vida de princesa gastando un capital en trenes superfluos, que carezcan de lo más necesario los miles de trabajadores que constituyen el pedestal de vuestro orgullo y la base de vuestra fortuna.

ARTURO ¡Padre!

JAMESON En mala ocasión viene esa palabra a tus labios. Si el fruto de mi inteligencia, el producto de mi trabajo y el tesoro de mi amor paternal han de servir para eso.. para entronizar la injusticia, proteger el vicio y amparar la vanidad. No. No. Yo no quiero ser tu padre. El espíritu se sobrepone a la Naturaleza. Búscate otro. Búscate otro.

ARTURO Ya sólo falta que me maldiga. Me arrojas a la desesperación. ¿Qué otro recurso me queda? Quitarme la vida. (Saca rápidamente un revólver de su bolsillo.)

JAMESON (Corriendo hacia él y atajando su acción.) ¡Arturo!

(Quitándole el arma de las manos.) ¿Eres tú un hombre? Eres sólo un niño voluntarioso.

ARTURO Hazme poderes. Déjame la dirección del negocio y verás que soy hombre por el auge que toma esta casa.

JAMESON Vete. Ya hablaremos. (Vase Arturo por el foro.)

ESCENA IX

JAMESON

JAMESON (Dejándose caer abatido en una silla.) ¡Se turba mi espíritu! ¡Se estremece mi corazón! Qué hondas raíces ha echado el Mal en la conciencia humana... Ni aun dentro de mi casa ni con mi propio dinero puedo realizar el Bien que proviene de la Equidad y la Justicia. Los de fuera, los poderosos del Trust, me cercan con sus rencores y avaricias. Los de dentro, los míos, quieren esclavizar mi corazón para que sucumba la virtud y prospere el vicio. El caso es que el pobre que trabaja no pueda nunca levantar la cabeza, como si debieran pesar sobre ella eternamente la miseria y el dolor... Esto es inicuo... espantoso... cruel...

ESCENA X

Dicho y ELENA, por la derecha, en traje muy rico y elegante de montar a caballo

ELENA ¡Cuánto me alegro de hallarte, papá! Vengo trastornada... nerviosa.

JAMESON ¿Qué te ha sucedido?

ELENA Una cosa inaudita. Un acto de osadía incalificable que me afrenta y humilla. Debo tener la faz encendida.

JAMESON Cierto que vienes sonrojada... Cálmate y pon término a la alarma que me produces.

ELENA ¡ Este es el fruto amargo que producen tus complacencias y consideraciones. El siervo mancilla a su señor. ¡ Lloró de rabia y vergüenza !

JAMESON ¿Quieres explicarte?

ELENA Salí a dar un paseo a caballo. Llegué al montículo. Allí encontré a tu protegido, a William, el gran artista, como tú dices... En esto se espantó mi caballo. Yo intenté refrenar su ímpetu pero ya no obedecía al freno. El tal William vino a mi auxilio a tiempo que caí en sus brazos de un modo brusco y violento quedando en ellos sin sentido. Me llevó a la margen de un arroyo para bañar mis sienes con agua fresca y allí el obrero villano, estampó un beso en mi boca.

JAMESON ¡ Qué escucho ! ¿Cometió esa felonía?

ELENA Te lo juro.

JAMESON (Acercándose a la izquierda llamando en alta voz.) ¡ Samson ! ¡ Samson !

ELENA Adivino y aplaudo tu resolución. Llámale y verás como no se atreve a negarlo en mi presencia.

ESCENA XI

Dichos y SAMSON, por la izquierda

SAMSON ¿Qué manda el señor?

JAMESON Vaya en busca de su hijo William y que venga a mi presencia inmediatamente.

SAMSON ¿Qué ocurre, señor?

JAMESON Ejecute mis órdenes.

SAMSON Allá voy. (Vase por la derecha.)

ESCENA XII

JAMESON y ELENA

JAMESON Le impondré el correctivo que merece.

ELENA El remedio no está en el castigo que reciba ese muchacho. No basta con poner coto a las demasías de uno solo, es preciso coartar a tiempo la libertad que puedan tomarse los demás.

JAMESON No te salgas de la razón que te asiste, hija mía. Nada tiene que ver la falta que comete un individuo para que sea respetado el derecho que asiste a la generalidad.

ELENA Sigue practicando esas teorías y verás el fruto que recoges.

JAMESON Encuentro muy natural que te halles ofendida, pero debieras ceñirte sólo a tu defensa.

ELENA No basta.

JAMESON Para ti ya es suficiente; el resto corresponde al juez que en este caso es tu padre. Confía en tu juez.

ELENA Toma ejemplo de cuanto ocurre en las minas del señor Peterson. Allí los señores se hacen de respetar. No los labios, ni aun las miradas se atreven a poner los obreros en la hija de su principal..

JAMESON No es buen ejemplo. La hija del señor Peterson es una señorita hinchada de vanidad y soberbia que se ha hecho antipática a todos los trabajadores por sus alardes despóticos. En igualdad de circunstancia, ninguno de ellos la hubiera socorrido. Antes que besarla hubiesen preferido que su caballo la destrozase.

ELENA También yo prefiero que me mate un caballo antes que me ultraje un hombre.

JAMESON Bien, Elena, bien por ese rasgo de dignidad... No creas que yo trate de disculpar la mala acción que se ha cometido. Tan

perniciosa es, sin embargo, la falta como la mala aplicación de la justicia.

ELENA Mas yo no veo garantido mi decoro.

JAMESON Calla.

ESCENA XIII

Dichos y WILLIAM por la derecha

WILLIAM Señor Jameson. ¡Oh! ¡La señorita!

JAMESON ¿Por qué motivo acudió usted en socorro de mi hija?

WILLIAM Porque la vi en peligro inminente de ser arrojada al suelo por su caballo.

ELENA ¡Mal hecho! Ya me hubiera yo bastado para refrenarle.

JAMESON ¿Cayó violentamente y la recibió usted en sus brazos?

WILLIAM Sí.

JAMESON ¿Después la llevó usted a la margen de un arroyo?

WILLIAM Sí.

JAMESON ¿Con qué objeto?

WILLIAM Para que volviese de su desmayo bañándola las sienes con agua fresca.

JAMESON ¿Y qué más hizo usted? (Pausa.) ¿Por qué calla? ¿Por qué se pone pálido?

WILLIAM Porque... Porque...

JAMESON Conteste a mi pregunta.

WILLIAM No me atrevo. Que conteste por mí la señorita Elena.

ELENA Cometió usted una vileza, besándome en la boca.

JAMESON ¿Es eso cierto?

WILLIAM Sí.

JAMESON Con aquella mala acción destruyó usted su obra meritoria... ¿Cómo no supo contenerse?

WILLIAM No lo sé... Sentía palpitar el corazón de la señorita junto a mi corazón... Sus labios se rozaban con los míos...Sus cabellos acariciaban mi frente...

JAMESON (¡ Oh ¡ Qué idea !) Quiero que me confiese toda la verdad. Usted se ha enamorado de la señorita Elena. No se turbe ni tiemble. La verdad ante todo.

WILLIAM Sí.

ELENA (Miserable). (Pausa.)

JAMESON (Consultando su reloj.) Son las doce de la mañana. Aun hay tiempo. A la una tomará usted el tren rápido que conduce a Londres... Allí podrá usted dar ancho campo a sus aficiones artísticas y enamorarse de quien tenga por conveniente... Mi casa se ha cerrado para usted. ¡ Adiós !

WILLIAM (Al hacer mutis por el foro.) ¡ Un beso de amor bien vale una vida ! (Vase por el foro.)

ESCENA XIV

JAMESON y ELENA

ELENA ¡ Perdónale si quieres !

JAMESON No me hables... Vete a ocultar tu sonrojo. Quiero a solas quedar con mi conciencia. (Vase Elena por la derecha.)

ESCENA XV

JAMESON

JAMESON ¡ Sentía palpitar el corazón de Elena junto al suyo !... Sus labios se hallaban casi unidos !... ¡ Y la pasión que es una fatalidad de la Naturaleza, produjo el estallido del beso !... Ese muchacho se ha perdido. Por cuantos medios se hace desgraciada la vida del hombre. (Inclina la cabeza abismándola entre ambas manos con los codos apoyados sobre la mesa.)

ESCENA XVI

Aparece el viejo SAMSON por el foro.

SAMSON (Se detiene al ver a Jameson en aquella actitud. Vacila mas por fin adelantándose dice.) ¡ Señor !

JAMESON ¿Quién va?

SAMSON Soy yo.

JAMESON ¡ Ah ! (No me acordaba de este pobre viejo). ¿A qué viene?

SAMSON Venía a suplicarle al señor que me dijera la falta que ha cometido mi hijo.

JAMESON Eso nadie puede decirlo mejor que el propio interesado.

SAMSON Le encontré al salir de esta sala. ¿Qué hay? le pregunté alarmado por la palidez de difunto que noté en su cara. Nada, padre; me contestó y me dejó plantado encerrándose en aquel silencio. (Dentro en el foro derecho a alguna distancia suena la campana del establecimiento.)

JAMESON La campana de alarma... ¿Qué habrá ocurrido?

UNA VOZ (Dentro.) ¡ Desgracia en la máquina ! ¡ Desgracia en la máquina ! (Cruzan precipitadamente de izquierda a derecha por el foro viéndoseles al través de las vidrieras multitud de obreros.)

SAMSON ¿Qué será?

JAMESON Vamos a verlo. Se ha quedado usted parado como un plomo.

ESCENA XVII

Dichos y WIT precipitadamente por el foro sin advertir la presencia de Samson

WIT ¡ Señor Jameson ! ¡ Señor Jameson !

JAMESON ¿Qué hay?

WIT William, el hijo de Samson.

SAMSON ¡ Santo Dios ! ¡ Hijo mío ! ¡ Hijo mío ! (Van corriendo por el foro.)

ESCENA XVIII

JAMESON y WIT

WIT ¡ Su padre ! No le había visto.

JAMESON ¿Qué ha hecho William.

WIT Lo ha cogido el volante de una máquina y ha destrozado su cuerpo.

JAMESON (Dejándose caer anodado en una silla.) ¡ Misericordia divina !

WIT Voy a dar aviso para que traigan una camilla. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XIX

Aparece ELENA por la derecha con el traje de montar a caballo, pero ya sin sombrero ni latiguillo.

ELENA ¿Qué alarma es esta? ¿Qué ocurre, padre?

JAMESON (Levantándose bruscamente de su asiento y cogiendo a su hija por una mano.) Ven aquí, Elena. Disipa una duda que ha bajado a mi cerebro como una sombra maldita.

ELENA ¡ Me asustas ! Habla.

JAMESON Antes me has dicho que caíste del caballo yendo a parar sin sentido a los brazos de William...

ELENA Sí.

JAMESON Y que te llevó junto al arroyo.

ELENA Sí.

JAMESON ¿Permaneciste en sus brazos desmayada?

ELENA Sí, desmayada.

JAMESON ¿Sin conciencia de tu ser?

ELENA Efectivamente.

JAMESON ¿A merced de aquel hombre?

ELENA Exacto.

JAMESON Siendo así y habiendo perdido el conoci-

miento ¿cómo pudiste advertir el beso que William estampó en tu boca?

ELENA — Porque... Porque...

JAMESON — ¡Balbuceas... tiemblas!... Luego no era verdadero tu desmayo.

ELENA — Sí, sí.

JAMESON — ¿Luego tú fuiste la que indujo a William a que cometiera el pecado?

ELENA — ¿Qué osas decir?

JAMESON — ¡Uniendo los dos corazones!

ELENA — No. No.

JAMESON — ¡Aproximando tus labios a sus labios!

ELENA — No. No.

JAMESON — ¡Avivando el fuego de su amor hasta conseguir que estallara el beso!

ELENA — ¡Calla! ¡Calla!

JAMESON — Mira el fruto que ha dado tu perfidia. William se ha hecho pedazos arrojándose al volante de una máquina.

ELENA — (Cubriéndose el rostro con las manos.) ¡Jesús! ¡Qué bárbaro!

JAMESON — Ya se ha disipado la sombra. Ya veo con perfecta claridad todo el cuadro de horror de vuestra conducta... Arturo y tú os habéis confabulado para desprestigiar a mis obreros.

ESCENA XX

Dichos y ARTURO por el foro

ARTURO — ¡Padre! ¡Padre!

JAMESON — (Acercándose a su hijo hasta casi tocar cara con cara.) Tú interceptaste la válvula para que hiciese explosión el tubo.

ARTURO — (Sorprendido y confuso por aquella brusca acusación.) Yo... Yo.

JAMESON — ¡Otro que también se turba! ¡Otro que también palidece! Los dos... Los dos convictos... ¡Qué horror! ¡Me espantáis! Basta... Basta... Te haré poderes... Seréis

los amos de esta casa. Para vosotros todas las riquezas... Todos los bienes... Para mí el retiro. Huiré al rincón más apartado de Irlanda donde no vea tales perfidias... ¡ Tales rencores !

ELENA ¡ Padre !

ARTURO ¡ Padre !

JAMESON ¡ No sois mis hijos ! ¡ No sois mis hijos ! ¡ Haga Dios que no caiga sobre vosotros el terrible dolor que habéis inferido a vuestro padre !

SAMSON (Dentro gritando con acento desgarrado.) ¡ William ! ¡ William !

JAMESON ¿Oís? ¿Oís? ¡ Estos gritos salen de un alma desgarrada ! Quedaos con el Genio del Mal... ¡ No sois mis hijos ! ¡ No sois mis hijos ! (Vase por la derecha.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Gabinete de lujo con puertas laterales y al foro. Todo adornado como en días de gran solemnidad. A la derecha aparato telefónico.

ESCENA I

La doncella KETTI y el criado VANDIK

VANDIK Yo no he visto en mi vida una aglomeración tan grande de carruajes de lujo.

KETTI ¡Qué magnificencia! ¡Qué esplendor! ¡Cómo están los salones!

VANDIK Rebosantes de oro y pedrería...

KETTI ¿Te has fijado en el collar de perlas que ostenta la hija del señor Peterson?

VANDIK Ya lo creo y sé también el dinero que vale.

KETTI ¿Cuánto?

VANDIK Más de cinco mil libras.

KETTI Saca la cuenta por chelines.

VANDIK Así como trescientos mil ¿qué digo? cuatrocientos mil. Aun me quedo corto. Quinientos mil chelines.

KETTI ¡Una fortuna!

VANDIK Mira si lo es que con el dinero que vale una sola perla de ese collar podríamos nosotros ser felices toda la vida.

KETTI Unos tan ricos y otros tan pobres. ¡Cómo ha de ser!

VANDIK La verdad es que para ser felices no creo yo que haga falta tanto dinero.

KETTI Yo no soy tan ambiciosa.

VANDIK ¿Cuál es tu ambición?... Sepamos hasta dónde llega.

KETTI Con casarme contigo... Conque pudiéramos vivir los dos sin trabajar... vestir con decencia y poder hacer algún viaje de recreo a Londres... me daría por satisfecha.

VANDIK ¡No está mal!... ¡No está mal!

KETTI ¿Y tú?

VANDIK Yo también me contento con poco. Conque pudiéramos hacer algún viaje de recreo a Londres... Vestir con decencia y pasar la vida sin trabajar. ¡Listos!

KETTI Envidio a la señorita.

VANDIK ¿Por qué? ¿Porque también es archimillonaria y usa collares de perlas de cinco mil libras? No acabas de decir que...

KETTI No es por eso.

VANDIK ¡Ah! Ya lo adivino. Por el novio que la suerte le ha deparado.

KETTI Sí; por el novio.

VANDIK Cierto que el capitán Ricardo es un buen mozo, pero que me pongan su brillante uniforme y verás como yo también gallardeo.

KETTI No te compares... hombre... no te compares.

VANDIK Mira, Ketti. Los hombres todos somos iguales por el nacimiento. La diferencia sólo estriba en la posición social que ocupa cada uno... Fíjate en aquel minero que sale de las entrañas de la tierra tiznado de negro... Más que hombre parece un demonio... Todos huyen de él como de un apestado. Pues bien, a ese mismo minero lo limpias hasta que quede blanco del todo. Le pones un traje de general... Lo echas después a la calle y te cansas de ver como le llueven saludos por todas partes.

KETTI Aquí viene el señor.

ESCENA II

Dichos y ARTURO por la segunda puerta izquierda

ARTURO Vandik. Corre al punto. Avístate con Fulton, Samson y Wit. Necesito hablarles con toda urgencia. Que vengan sin pérdida de tiempo.

VANDIK Allá voy.

ARTURO Dile a mi *chauffeur* que te lleve en el auto.

VANDIK Está bien. (Vase Vandik por el foro derecha.)

ESCENA III

ARTURO y KETTI

ARTURO Tú, Ketti. Al tocador de la señorita. Procura poner todas las cosas en su punto para obviar cualquier dificultad imprevista. El velo de desposada, las joyas, el ramo de azahar...

KETTI Sí, señor, sí. (Vase Ketti por la primera derecha.)

ESCENA IV

ARTURO

ARTURO Buena fuera que estos obreritos aguaran la fiesta y la brillantez de la ceremonia con alguna de sus algaradas...

ESCENA V

Dicho, el CONDE, PETERSON y VORT, por la segunda izquierda.

ARTURO (Saliéndoles al paso.) No hay que alarmarse, señores.

CONDE Recibió usted el telefonema y como salió del salón tan precipitadamente...

VORT Nos llamó la atención.

PETERSON Celebramos que sea infundada nuestra alarma.

ARTURO Lea usted, señor conde. (Entregándole el telefonema.)

CONDE ¿De Londres?

ARTURO Sí; de Londres.

CONDE Esto es muy grave, señores.

VORT ¿Cómo?

PETERSON A ver. (Tomando el telefonema y después de haberlo leído.) ¡Hola!

VORT Bien ¿qué dice? (Tomando el telefonema de manos de Peterson y leyéndolo.) «Solidaridad huelga cuenca minera. Habrán llegado ya emisarios.» ¡Y tan grave!

ARTURO Yo haré que fracase aquí la huelga. Acabo de tomar una medida que creo muy eficaz encaminada a ese objeto.

CONDE En qué circunstancias nos sorprende esa noticia.

PETERSON Crea usted, amigo Conde, que si no se tratara de la boda de su hijo, tomaría el auto inmediatamente para regresar...

VORT Lo mismo digo.

ARTURO No, por Dios. ¡Sería una campanada!

CONDE Calma, señores, calma. Les agradezco mucho el homenaje que me rinden, más yo sería el primero en relevarles de todo compromiso si comprendiese que realmente se hallaban en peligro serio los intereses del Trust.

PETERSON Nos tranquiliza mucho esa manifestación en sus labios.

VORT (A Arturo.) ¿Usted cree que podrá?...

ARTURO He llamado a los sabios y magnates de mi establecimiento. A los eternos cabezas de motín desde que mi señor padre dejó en mis manos la dirección de este negocio. Les hablaré paternalmente. Les haré algunas concesiones con carácter hipotético... Si es necesario les prometeré hasta la bienandanza social que para ellos consiste en holgar eternamente... Y como

ejercen tanta influencia en los mineros, ellòs mismos se encargarán de coartar la asonada.

CONDE No hay más remedio que transigir en algunas ocasiones.

PETERSON A mí me tienen siempre en la cuerda floja haciendo equilibrios.

VORT Yo me veo precisado a apelar al engaño y a la astucia, cosas que se hallan tan fuera de mi carácter como todo el mundo sabe.

CONDE El caso es que los dividendos vayan en aumento.

VORT Y que suban las acciones del Trust.

ARTURO Yo he triplicado los beneficios que antes obtenía mi padre anualmente.

CONDE He aquí un genio comercial.

VORT ¡ Admirable !

PETERSON ¡ Admirable !

ARTURO Tal es la magia que ejerce en nosotros la vida mercantil que ya echamos en olvido lo que más principalmente debe interesarnos. Debemos evitar a toda costa que se trasluzca el hecho que motiva nuestra inquietud... Las gentes que han venido en tan gran número a honrar mi casa tienen la epidermis muy fina y cualquier alfilerazo de esta índole provocaría inmediatamente su alarma.

CONDE Sí ; hay que evitarlo.

VORT Mi silencio será absoluto.

PETERSON Y el mío también.

ARTURO ¡ La Condesa !

CONDE Mi esposa.

ESCENA VI

Dichos y CONDESA por la segunda izquierda

CONDESA ¿Dónde se meten ustedes?

CONDE Aquí estamos.

CONDESA Vengo a que me presten auxilio.

CONDE ¿Qué ocurre?

CONDESA Es imposible resistir la charla de esa Isabel de mis pecados.

ARTURO ¿La señora de Keuser?

CONDESA La misma. No contenta con haberle dado una lata insoportable al obispo que ha de echarles la bendición a los novios, la ha emprendido con mi hijo Ricardo, y allí lo tiene sobre un diván, sitiado por mar y por tierra. Yo he intentado levantar el asedio por dos veces y he tenido que retirarme en buen orden otras tantas... ¡Qué mujer! Creo que su propósito es enterar a todo el mundo de que el collar de brillantes que lleva vale por lo menos dos mil libras.

PETERSON Seis mil vale el que lleva nuestra hija.

ARTURO Poco menos ha costado el que lleva mi hermana.

CONDESA Elena está nerviosísima... Naturalmente... Los novios tendrán necesidad de comunicarse sus impresiones, pero con la señora Keuser, gracias que puedan verse juntos esta noche. Por piedad, vengan conmigo. A ver si entre todos conseguimos librar a Ricardo del acosón que padece.

CONDE ¡Vamos allá! (Vanse todos por la segunda izquierda menos Arturo.)

ESCENA VII

ARTURO

ARTURO Por lo pronto hemos asegurado el orden. Son las nueve. A las diez empezará el desfile para ir a la iglesia.

ESCENA VIII

Dicho y VANDIK, por el foro derecha

VANDIK ¡Señor!

ARTURO ¿Tan pronto?

VANDIK Hemos corrido a toda velocidad.

ARTURO Y bien. ¿Qué han dicho?

VANDIK Sólo me ha sido posible avistarme con el viejo Samson.

ARTURO ¿Y Fulton y Witt?

VANDIK No los hallé en el establecimiento como tampoco a ningún obrero.

ARTURO ¿Cómo? ¿No han acudido al trabajo?

VANDIK No, señor.

ARTURO (Esto se complica.) ¿Qué ha dicho el viejo Samson?

VANDIK Que no tardaría en venir.

ARTURO Corre otra vez con el auto. No vuelves sin ellos a mi presencia.

VANDIK ¿A dónde me dirijo?

ARTURO Deben hallarse reunidos. Entérate. Pregunta... ¡ Por San Jorge ! No pierdas tiempo ni hagas esa cara de estúpido. (Vase Vandik por el foro derecha.)

ESCENA IX

ARTURO

ARTURO Eso es que han llegado los emisarios a que se refiere el telefonema. ¡ Buen día han escogido ! (Suena la campanilla del teléfono.) ¡ Llaman ! ¿Quién será? (Se pone en comunicación telefónica.) Yo, Arturo. El principal... (Pausa.) ¿De veras? (Pausa.) ¿Para acantonarse aquí? Bueno. Bueno. Gracias mil por el aviso. Adiós. (Dejando la comunicación telefónica y con muestras del mayor regocijo.) ¡ Autoridad previsora ! Nos hemos salvado. Voy a tranquilizar a mis amigos. La venida del coronel Robert con su regimiento cambia la faz de las cosas. Aquí viene la amartelada pareja.

ESCENA X

Salen, por la segunda izquierda, cogidos del brazo, ELENA y RICARDO. Elena de blanco, con riquísimo traje de gran cola y Ricardo uniforme.

ARTURO ¡Hola, mi querido Ricardo. Pudiste escapar de las garras de la señora de Kruser.

RICARDO Gracias al refuerzo que trajo mi madre.

ARTURO Seguid... Seguid vuestro coloquio. (Vase Arturo por la segunda izquierda.)

ESCENA XI

ELENA y RICARDO

RICARDO (Después de tomar asiento junto a Elena.) ¿Eres feliz, alma mía?

ELENA Lo soy, Ricardo, lo soy. ¿Y tú?

RICARDO Para que mi felicidad fuese completa sería preciso que tu padre,el señor Jameson, se hallase también entre nosotros. Es muy extraño que no haya venido para asistir a la boda de su hija. Un hombre como él tan pulcro y de tan buenos y paternales sentimientos.

ELENA Déjale. Mi padre es así. El retiro a que se ha entregado desde que dejó en manos de Arturo el negocio debe haberle vuelto huraño y quizás haya endurecido su corazón.

RICARDO No. No.

ELENA Voy a emplear tu misma frase. ¿Te vas a casar con mi padre o conmigo?

RICARDO El recuerdo no puede ser más ingenioso y oportuno.

ELENA ¿No te entusiasma el esplendor que nos rodea? Las mujeres cuajadas de brillantes, perlas, topacios y záfiros parecen astros por el fulgor que despiden.

RICARDO Tú eres la luz de mi vida. No veo a nadie más que a ti.

ELENA Me ha eclipsado la hija del señor Peterson. Margarita. Ella es la que atrae las miradas de todos... ¡Qué lástima que sea tan vanidosa! Mi padre decía que es una señorita insoportable por la hinchazón de su soberbia y el exceso de orgullo.

RICARDO No me hables de perlas, topacios y záfiros. A mi nunca lograron cautivarme estos derroches de lujo.

ELENA Ya sé que eres muy familiar y llanote. Defectos que pienso corregirte así que hayamos pasado la luna de miel.

RICARDO ¡La luna de miel! Vaya un plato de fruta en dulce que pienso saborear deliciosamente en tu compañía. ¡Buen caso haremos entonces de perlas y brillantes! ¡Para perlas las que pienso extraer de tu alma?... ¡Para brillantes, los dos soles que brillan en tus ojos!

ELENA Todo es preciso, Ricardo. Cada cual debe vivir en su esfera conforme a su categoría. No olvides que el lujo es el marco más adecuado que puede darse a la hermosura. Hasta es causa de buen ver en las feas. Hay muchas señoras en el salón que parecen soles y que despojadas de las galas que las favorecen semejarían adefecios.

ARTURO ¿Quieres, vida mía, que dejemos de hablar por un instante, de los intereses ajenos para dedicarnos sólo a los propios?

ELENA ¿De qué quieres que hablemos?

RICARDO Salgamos del mar espléndido que nos rodea. Boguemos en nuestra barquilla de amor y arribemos a la playa de la dicha los dos juntos sin preocuparnos para nada de los demás.

ELENA ¡Qué me quieres! ¡Ya me lo has dicho tantas veces!... ¡Qué te quiero! ¿Aun no te has cansado de oirlo?

RICARDO Pero todavía no has contestado a una pregunta que te hice en cierta ocasión.

ELENA Repítela, si te place.

RICARDO Voy a repetirla. ¿Te gustan los niños, Elena?

ELENA ¡Dale con los niños! Para maestro de escuela no tendrías precio.

RICARDO Pero tú no contestas a mi pregunta.

ELENA Ya te dije entonces que me contentaría con una pareja.

RICARDO Y yo te dije que me parecían pocos.

ELENA Bueno. Bueno. (Levantándose.) Estamos perdiendo un tiempo precioso. Ya es hora de que piense en mi *toilette*.

RICARDO Hay tiempo.

ELENA Necesito una hora, por lo menos.

RICARDO ¿Una hora para ponerte un velo y un ramo de azahar? ¡Casi tarda menos tiempo en brotar y dar fruto la flor del naranjo.

ELENA Tú no entiendes de estas cosas. (Alargándole la diestra.) Hasta luego.

RICARDO (Besándola.) ¡A cuenta de la luna de miel! (Vase Elena por la primera derecha.)

ESCENA XII

RICARDO

RICARDO No puede disimularlo. ¡Su alma se siente subyugada por el delirio de las grandezas! Que nos eche la bendición el obispo y luego ya veremos quien corrije a quien.

ESCENA XIII

Dicho y ARTURO por la segunda izquierda.

ARTURO Ya veo que Elena se fué al tocador. Venía para sacaros del éxtasis amoroso que sin duda estaríais padeciendo porque ya es hora de que se engalane con sus mil alfileres. ¡Ah! Y a ti tengo que darte una noticia.

RICARDO ¿Cuál?

ARTURO Ha llegado a esta población para acantonarse tu coronel Robert con el regimiento que manda.

RICARDO ¿Qué escucho? El marqués de Cowes, ¿mi querido Coronel?

ARTURO El mismo.

RICARDO Pero ¿a qué móviles obedece este acantonamiento? ¿Hay algún peligro en puerta? ¿Se teme alguna alteración de orden público?

ARTURO Creo que no, por ahora.

RICARDO Corro a verle.

ARTURO No tienes obligación. El Ministro te ha concedido un mes de licencia.

RICARDO No importa. Quiero que el Coronel asista también a mi boda. Voy a traerle en auto.

ARTURO Tiempo hay. No está mal pensado.

RICARDO Avisaré a Elena. (Vase a la puerta derecha y la halla cerrada.) ¡Cerrada! ¡Diablo! ¡Tan lejos que se halla el tocador y ya no puede franquearse la puerta de esta sala intermedia. Llamaré. (Da golpes en la puerta.) ¡Ketti! ¡Ketti!

KETTI (Dentro.) ¿Qué hay? ¿Quién llama?

RICARDO Yo. Ricardo... Tengo que hablar con la señorita un momento.

KETTI ¡Hum!

RICARDO Dila que traigo bandera blanca... ¡Diablo! No se penetra tan fácilmente como yo creía en el camarín de una desposada. Tan internado como está el tocador.

ARTURO Dale prisa.

RICARDO ¿Qué haces, Ketti? ¡Pronto! ¡Pronto!

KETTI (Dentro.) ¡Pase usted!

ARTURO Que no se reanude el éxtasis.

RICARDO. Salgo pronto. (Vase Ricardo por la primera derecha.)

ESCENA XIV

ARTURO

ARTURO De todos modos convendría que llegásemos a un acuerdo para hacer fracasar la huelga. Samson no viene. Vandik tarda mucho. ¿Les habrá intimidado la presencia de las tropas y se habrán dispersado? Eso creo.

ESCENA XV

Dicho y RICARDO por la derecha

ARTURO ¿Qué te ha dicho?

RICARDO Que se alegra mucho porque así tendrá más brillantez la fiesta. Adiós.

ARTURO No pierdas tiempo. Tráele sin demora.

RICARDO Aquí tienes al viejo Samson. (Vase Ricardo por el foro derecha.)

ESCENA XVI

ARTURO y SAMSON, que se cruzó en el foro derecha con el capitán

ARTURO Pase usted, pase usted...

SAMSON Aquí me tiene el señor.

ARTURO ¿No tiene ninguna novedad que comunicarme?

SAMSON Sí, señor. Asomó el día sin que los trabajadores pareciesen por las minas. Ninguno vino tampoco a los talleres.

ARTURO ¿Y usted no se halla metido en esa conjura? Séame franco.

SAMSON Yo no compongo nada. De mí nadie se acuerda. Yo sólo vivo para el dolor que me produce el recuerdo de mi hijo.

ARTURO A mí me consta que ejerce usted una gran influencia en el ánimo de los obreros.

SAMSON La ejercía cuando gobernaba esta casa el señor Jameson, pero desde aquel día en que vi el cuerpo de William destrozado sobre la máquina sufrió un espantoso vuelco mi corazón.

ARTURO No se trata ahora de eso. ¿Dónde están sus compañeros?

SAMSON Qué se yo.

ARTURO Si nada sabe huelga la conversación. Váyase a ocupar su puesto. ¿Han echado sus pies raíces en el suelo?

SAMSON Yo quisiera que el señor me sacara la espina que llevo clavada en el alma.

ARTURO ¿Qué espina?

SAMSON Ha transcurrido más de un año sin que haya podido averiguar la causa que dió motivo a la desesperación de mi hijo hasta obligarle a buscar la muerte.

ARTURO Según mis informes se trata de un acto impremeditado. William pasó descuidadamente tan cerca de la máquina que fué cogido por el volante.

SAMSON No, señor. Le vieron arrojarse.

ARTURO Si es así, vaya usted a preguntarlo al otro mundo.

SAMSON Cuando pierda por completo la esperanza de averiguarlo, seguiré al pie de la letra su consejo. Aquel volante tiene para mí una atracción irresistible. Aun lleva sobre el hierro dos manchas negras...

ARTURO Acabe... Acabe.

SAMSON Dispense el señor. No me quite este desahogo. Nada hay que ennegrezca y se pegue más al hierro que las salpicaduras de la sangre. Se frotan con esmeril y desaparecen pero no pasa mucho tiempo sin que aparezcan de nuevo. Así es que aquellas manchas no se borran nunca... ¡No se borran nunca!... Y aunque se borrasen... Yo seguiría viéndolas... ¡Seguiría viéndolas!

ESCENA XVII

Dichos y VANDIK por el foro derecha.

VANDIK Señor... Ya están aquí.
ARTURO ¡ Qué entren ! ¡ Qué entren !

ESCENA XVIII

Salen por el foro derecha, FULTON, WIT y OBRERO, seguidos de seis trabajadores

ARTURO Ya nos vemos las caras.
WIT Sí, señor ; ya nos vemos las caras.
ARTURO (Tendré paciencia.) Prescindamos de todo preámbulo.
WIT Como el señor quiera.
ARTURO Ustedes se han empeñado en romper la buena armonía que debe reinar entre nosotros.
WIT Quien la ha roto desde que se fué el señor Jameson de esta casa es usted.
OBRERO De tal modo que el disgusto de los mineros es muy profundo.
ARTURO Les permito que expongan sus quejas a ver si llegamos a un acuerdo, pero con toda brevedad, porque necesito aprovechar el tiempo.
WIT Las causas de ese disgusto las conoce usted mejor que nosotros, pero las expondremos para que vea que no nos duelen prendas. Hable usted el primero, Fulton.
FULTON Ha suprimido usted la escuela que yo dirigía.
ARTURO Me ocasionaba muchos gastos. Adelante.
FULTON En ella los niños aprendían a ser hombres y se instruían también los obreros. Nos repartíamos entre todos el pan de la inteligencia.
ARTURO ¿No le dí a usted un destino?
FULTON Sí, señor ; me dió un puesto en el escri-

torio para que no me muriese de hambre; pero mi misión es otra y lo que decía su señor padre...

ARTURO Deje en paz a mi señor padre.

FULTON Para los niños no hay más que un tesoro en el mundo. La alegría de vivir... Usted les ha robado ese tesoro. Usted ha matado esa alegría.

ARTURO Bueno. ¿Y usted qué alega? (Dirigiéndose a Wit.)

WIT Yo alego que usted ha conseguido triplicar los beneficios que antes se obtenían bajo el gobierno de su señor padre, pero ha reducido a los trabajadores a la última pobreza. Poco a poco nos ha ido quitando, no sólo la parte de ganancias que antes disfrutábamos... esa fué suprimida de un golpe, apenas volvió las espaldas el señor Jameson, sino también el aumento de los jornales por los excesos del trabajo que se nos impone.

OBRERO El afán de usted por cargarnos de pesadumbre no tiene freno... Su tendencia es siempre la misma. Aumentar las fatigas y aprovechar hasta el último esfuerzo del obrero para reducir los salarios a su valor mínimo.

WIT Por esa conducta ha desaparecido la dicha que reinaba en todos los hogares.

FULTON Ha petrificado usted las gotas de sudor que vierten los trabajadores para traficar con esas perlas mirando sólo al provecho propio y al egoísmo de la ambición.

ESCENA XIX

Dichos y KETTI por la primera derecha.

KETTI Señor.

ARTURO ¿Qué quieres, Ketti? ¿A qué vienes? ahora?

KETTI — La señorita me manda para que me entere si ocurre alguna cosa de particular porque se oyen desde el tocador, aunque muy confusamente, voces y ruidos per la calle.

ARTURO — Dila que no se preocupe. Que no haga caso de ruidos ni voces de ninguna especie y que termine su *toilette* tranquilamente.

KETTI — Está bien. (Vase por la derecha.)

ESCENA XX

Los mismos menos KETTI

ARTURO — ¿Han concluído ustedes?

WIT — Sí, señor.

ARTURO — Al expresarse en estos términos ustedes no toman para nada en cuenta las exigencias comerciales... Las...

WIT — ¿Oyes, Fulton?

FULTON — Nada.

WIT — Párate a escuchar.

OBRERO — Sí, sí.

ARTURO — ¿Qué ocurre?

WIT — Que se oyen a lo lejos disparos de fusil.

ARTURO — ¿Disparos?

OBRERO — Sí, señor, sí.

WIT — Eso es que los mineros no han atendido nuestros consejos porque somos enemigos del *sabotage*.

ARTURO — ¿Y qué han hecho? ¿Qué han hecho?

WIT — Han debido prender fuego al edificio, y la tropa...

ARTURO — ¿Qué edificio?

WIT — El edificio principal del establecimiento.

ARTURO — ¡Maldición! ¡Mi despacho! ¡Mis documentos! ¡Mi caja de caudales!... ¿Dónde está mi revólver? Encima lo llevo. Yo me basto sólo para atajar a esa turba. ¡Temblad todos, miserables! El auto, Vandik, el auto. (Vase por el foro siguiendo a Vandik.)

ESCENA XXI

Los mismos menos ARTURO y VANDIK

FULTON Este hombre es de la madera de los déspotas.

WIT Y de los tiranos.

OBRERO Mata el amor y la alegría.

FULTON Y engendra el odio y la tristeza.

WIT Ya se ha ido. Vámonos también nosotros. Aquí no encaja bien la desgracia que nos aflije...

OBRERO Vamos. (Vanse por el foro derecha.)

ESCENA XXII

SAMSON

SAMSON Yo me quedo... ¡Así arda la población entera! ¿Qué me inmporta? Ya que estoy aquí, aprovecharé la ocasión que se me presenta para hablar con la señorita Elena... No la he vuelto a ver desde entonces... ¡Desde la muerte de mi hijo! Ahora ya no baja a los talleres, y cuantas veces he querido hablarla ha rehuído mi presencia... ¡Parece que mi dolor espanta a todo el mundo!

ESCENA XXIII

Dicho, el CONDE y la CONDESA, por la segunda izquierda

CONDE ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

SAMSON Soy el viejo Samson, como así me llaman. El servidor más antiguo de esta casa.

CONDE ¿Y su amo?

SAMSON Acaba de salir.

CONDESA Nuestro hijo Ricardo debe hallarse departiendo con Elena. Dejémosles entregados a sus ensueños de oro. La hermo-

sura, la juventud y el amor... Suyas son las tres rosas de la felicidad.

CONDE ¿Ha dicho que volvería?

SAMSON Nada me ha dicho. (Suena la campanilla del teléfono.)

CONDE Llaman al teléfono... ¿Será algo importante?

CONDESA Entérate.

CONDE (En comunicación con el aparato.) ¿De la casa de socorro? Diga. Diga. No me lo explico, pero adelante... Adelante. (Pausa.) ¿Que prepare al conde Wilson? ¿Por qué y para qué? Yo soy el conde Wilson. Se ha interrumpido la comunicación. Es extraño.

CONDESA ¿Qué dicen de la casa de socorro?

CONDE Que el pundonoroso capitán...

CONDESA ¿Qué capitán?

CONDE Qué sé yo. Dice el comunicante que prefirió ponerse al frente de su compañía al oir los primeros disparos.

CONDESA ¿A qué disparos se refiere?

CONDE Tampoco me lo explico.

CONDESA ¿Y qué más?... ¿Qué más?

CONDE Que está herido gravemente.

CONDESA ¿Herido?

ESCENA XXIV

Dichos, VORT y PETERSON, por la segunda izquierda

PETERSON ¡Conde!

VORT ¡Conde!

CONDE ¿Qué hay?

PETERSON Alarma en la población.

VORT Los concurrentes están sobresaltados.

CONDE ¿Qué pasa aquí?

CONDESA Eso digo yo también. ¿Qué es lo que pasa?

CONDE (A Samson.) ¿Sabe usted algo?

SAMSON Sí, señor. Ha poco han sonado algunos

disparos. Se conoce que la tropa anduvo a tiros con los mineros.

PETERSON ¡Horror!

VORT ¡Estalló la huelga!

PETERSON ¡A la desbandada! (Vanse por la segunda izquierda.)

ESCENA XXV

CONDE, CONDESA y SAMSON

CONDESA ¡Ay, Dios mío!

CONDE ¡No te alarmes!... ¿Dónde se ha ido el señor?

SAMSON A detener el incendio, si le era posible.

CONDE ¿Qué incendio?

CONDESA ¡Virgen Santa!... (Dentro rumores.)

CONDE ¿Y esos rumores?... Ya empiezo a sobresaltarme.

ESCENA XXVI

Dichos y VANDIK, por el foro

VANDIK ¡Traen herido al señorito Ricardo!

CONDESA ¡Ah! ¡Corramos! ¡Corramos! (Vanse por el foro derecha el Conde y la Condesa.)

ESCENA XXVII

SAMSON, aproximándose al foro para presenciar la escena

SAMSON ¡Debe ser el hijo! ¡Aquí le traen!

CONDESA (Dentro, con acento desgarrador.) ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

CONDE (Dentro.) ¡Ricardo!

SAMSON Ya se han encontrado... La madre cae desmayada... ¡Aparta, espectro! ¡Así encontré yo también a mi hijo William, con el cuerpo ensangrentado!... Ya vienen con el herido.

ESCENA XXVIII

Dicho y RICARDO, a quien traen en brazos, mortalmente herido, dos CAMILLEROS de la Cruz Roja. En pos, el CORONEL, el MÉDICO y varios OFICIALES y SOLDADOS.

MÉDICO — Déjenle en ese sillón y no le muevan... No le toquen... ¡ Llegó moribundo ! ¡ Que exhale ahí el último suspiro !

RICARDO — ¡ Me muero ! ¡ Me muero !... ¡ Madre !... ¡ Elena !... ¡ Padre !... ¡ Adiós !... ¡ Mi coronel ! ¡ Mi coronel !...

CORONEL — Aquí estoy...

RICARDO — La mano.

CORONEL — Estréchela con toda su fuerza.

RICARDO — ¡ Viva... el... ejército !... ¡ Viva... el... pueblo... de... Inglaterra !...

MÉDICO — ¡ Ha muerto !...

SAMSON — ¡ Como mi hijo William ! ¡ Como mi hijo William !

CONDESA — (Dentro foro, como volviendo de un desmayo.) ¡ Mi hijo ! ¡ Quiero ver a mi hijo !

CONDE — (Dentro.) ¡ Esposa ! ¡ Esposa !

CORONEL — Capitán ; corra a detenerla... Evitemos que muera abrazada al cadáver de su hijo. (Vase el capitán por el foro.)

ESCENA XXIX

Aparece ELENA, en traje completo de desposada, por la derecha. Queda horriblemente sorprendida al ver el cuadro que se ofrece a sus ojos.

CORONEL — ¡ La novia !

ELENA — ¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

CONDESA — (Dentro.) ¡ Dejadme ! ¡ Dejadme ! (Como forcejeando con los que la detienen. Siguen dentro los rumores producidos por esta escena interior, con gritos de: "¡ Hijo mío ! ¡ Hijo mío !" y "¡ Ricardo ! ¡ Ricardo !" interín dice Elena, oprimiéndose el pecho:)

ELENA ¡Ay!... ¡Ay!...

SAMSON (Acercándose a ella como para prestarla auxilio.) ¡Señorita!

ELENA (Viendo en Samson la imagen ensangrentada de William.) ¡El padre de William!... ¡Ay de mí! (Cae en brazos de Samson.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La decoración del acto segundo.

ESCENA PRIMERA

Aparece ARTURO, sentado junto a la mesa escritorio

ARTURO ¡Todo parado!... ¡Todo en completa inacción y abandono!... ¿Qué es un taller sin movimiento? Un cadáver... ¡Y si fuera esto sólo!... Lo malo es que el hambre nos acosa de un modo feroz. Tengo que hacer un esfuerzo titánico para mantener la entereza de mi carácter a la altura de las circunstancias, pero la naturaleza se opone a mi voluntad... Y mi cuerpo desmaya... Y mi cerebro se desvanece...

ESCENA II

Dicho y VANDIK, por la derecha, con una escopeta de caza

ARTURO ¡Nada, Vandik!

VANDIK Nada, señor.

ARTURO Poco tengo que agradecerte.

VANDIK No es culpa mía. Tomo asiento porque me encuentro desfallecido. (Se sienta.)

ARTURO ¿Has recorrido todo el contorno?

VANDIK Todo.

ARTURO ¿Y no hay fruta en ningún arbol?

VANDIK No hay más que ramas. La fruta ha desaparecido...

ARTURO ¿Ni pájaros tampoco?

VANDIK Ni eso siquiera... Volaron todos, huyendo de los cazadores hambrientos.

ARTURO ¿Y qué comen los obreros?

VANDIK Legumbres cocidas mezcladas con hierbas de todas clases, lo mismo que nosotros.

ARTURO Me repugna esa bazofia. Mi estómago no puede digerirla.

VANDIK Esa es la mayor desgracia que puede afligirle al señor; pero si la huelga no acaba pronto, nos moriremos todos de hambre, porque los sembrados ya se van arrasando.

ARTURO ¡Malditos trabajadores! ¡Qué fuerza tienen en el estómago! Si sintieran como yo siento los mordiscos del hambre en las entrañas pronto acabaría su tesón.

VANDIK Son muy fuertes.

ARTURO Pero algunos habrá que no podrán digerir esas hierbas.

VANDIK Muchos.

ARTURO ¿Y qué hacen?

VANDIK Se mueren.

ARTURO ¡Ah! ¡Se mueren!

VANDIK Sí, señor. Cargan con el cadáver sus compañeros y a la fosa común.

ARTURO Entonces aquí el fuerte soy yo. Mi cuerpo enflaquece, pero mi espíritu indomable puede más que la muerte... Al fin son ellos los que habrán de ceder.

VANDIK Lo dudo, señor, lo dudo.

ARTURO Tú también... Tú también simpatizas con ellos... ¡Rayos de Dios!... (Se levanta con aire amenazador como para arrojarse airado sobre Vandik. Este se levanta asustado de su asiento, pero apenas da un paso, Arturo siente que desmaya su cuerpo.) ¡Qué desvanecimiento! ¡Qué vahido! ¡Ven! ¡Ven! Sosténme. ¡Voy a caer!

VANDIK (Acudiendo en auxilio de su amo.) Sosténgase... Apóyese sobre mis hombros.

ARTURO ¡Maldita naturaleza!... ¡Maldita naturaleza!...

VANDIK ¿Quiere el señor que pida socorro?

ARTURO No, no. Ya pasó... Lo que quiero es que les odies como yo les odio.

VANDIK Bien, señor, bien.

ARTURO Dejaste abiertas las puertas de los talleres... Aquí puede entrar quien quiera.

VANDIK Ojalá entrasen; señal de que volvían al trabajo y de que se había acabado la huelga.

ARTURO También es verdad. Voy a respirar un poco el aire libre. Quédate, si quieres. No me haces falta. (Vase por el foro.)

ESCENA III

VANDIK

VANDIK Vaya unos humos que gasta todavía el señor... ¡Qué culpa tenemos nosotros de que no pueda digerir su estómago las hierbas cocidas! ¡Eso es lo que tiene estar acostumbrado a comer perdices y faisanes!

ESCENA IV

Dicho y KETTI, por la derecha

KETTI ¿Nada, Vandik?

VANDIK Dos manzanas.

KETTI Vengan. Vengan.

VANDIK Nada digas al amo... Están medio podridas.

KETTI No importa.

VANDIK Aguárdate. Déjame inspeccionar el terreno. No vaya alguno a vernos. (Van al foro.) Por allá va el amo.

KETTI No hay nadie.

VANDIK (Sacando las dos manzanas y entregándoselas a Ketti.) Toma.

KETTI (Devorando una de ellas al punto.) ¡ Qué rica fruta ! ¡ Qué rica fruta !

VANDIK ¡ Es el hambre !

KETTI Con que ansia me las como. ¡ Cuántas te habrás tú comido en el campo !

VANDIK Otras dos. (Me he comido una docena.)

KETTI No te creo. ¿ Cuántas había en el arbol?

VANDIK Saca la cuenta.

KETTI Mira, Vandik... Por cada fruta que me traigas desde mañana, te daré un beso.

VANDIK Cuánta verdad es que el hambre domestica a las fieras.

KETTI El amo viene con el Coronel. Vamos, Vandik.

VANDIK Que no te vea comer. Corriendo. (Vanse por la derecha.)

ESCENA V

Aparecen ARTURO y el CORONEL con algunos OFICIALES, por el foro. Estos se situan a respetuosa distancia del Coronel. Todos permanecen de pie. El único que se sienta es Arturo.

ARTURO Aquí sentados podremos hablar.

CORONEL Ya veo que se tambalea usted.

ARTURO No hay que hacer caso.

CORONEL Pero ¿a tal extremo llega su debilidad?

ARTURO No soy yo el débil. Es mi estómago.

CORONEL Trata usted de separar lo que es inseparable.

ARTURO ¿Qué objeto le trae? ¿A qué debo el honor?

CORONEL He venido para darle una noticia de gran interés. El honorable señor Jameson.

ARTURO ¡ Mi padre !

CORONEL El mismo.

ARTURO ¿Qué ha hecho?

CORONEL Ha salido de su retiro y ha dado en Lon-

dres, en el gran Palacio de la Ciencia y el Trabajo una conferencia sobre el terrible conflicto que nos aqueja. Este discurso ha producido una inmensa sensación y es objeto de un importantísimo debate en el Parlamento.

ARTURO ¿Y qué ha dicho mi señor padre?

CORONEL Que debe el jefe del Gobierno intervenir para domar la intransigencia del Trust de los carbones en beneficio de los mineros.

ARTURO ¡Oh! Siempre el mismo. No se ha enmendado. Para nada tiene en cuenta la terrible situación porque atraviesan sus hijos.

CORONEL Con su permiso yo me atrevo a opinar que tiene razón.

ARTURO ¿Cómo? ¿Votaría usted en el parlamento en favor de los trabajadores?

CORONEL Sí, señor. Esto aparte de los deberes que me impone el mando que ejerzo al frente de un regimiento del ejército.

ARTURO Yo creo, por el contrario, que el Trust no debe ceder.

CORONEL Me parece que usted no siente hambre todavía.

ARTURO Hace treinta horas que no he probado bocado alguno, señor Coronel.

CORONEL No me lo explico.

ARTURO Hay que humillar la soberbia de los mineros a todo trance para que tengan límite sus pretensiones. De lo contrario saldremos a huelga por día. ¿Si yo mandase el regimiento?

CORONEL ¿Qué haría usted?

ARTURO Por lo pronto convertir a los soldados en tahoneros.

CORONEL No hay trigo. Se consumió hasta el último grano.

ARTURO Hubiera evitado que los obreros se esparciesen por los campos comiéndose los frutos de los árboles. Así hubieran sentido hambre.

CORONEL Ya la sienten. Algunos caen desfallecidos

por las calles. El clamor es general. Los niños piden pan a sus padres.

ARTURO ¡Pan! Eso es. Pan es lo que yo necesito. Vino ya tengo. Algunos ya tendrán pan aunque sea duro. Pregone usted un bando para que lo saquen bajo pena de la vida.

CORONEL Delira usted. Mis soldados no visten el honroso uniforme del ejército inglés para eso. A mí sólo me incumbe sostener el orden con objeto de que sean respetados todos los derechos. Hay huelguistas que mueren de hambre estoicamente y mientras los demás perseveren en la actitud que han adoptado, cruzándose de brazos, mi regimiento seguirá a la expectativa formando pabellones con sus fusiles, plegada la bandera del regimiento.

ARTURO ¿Qué come usted? ¿Qué comen sus soldados?

CORONEL En primer lugar yo soy vegetariano. Para mi sobre la carne, y por lo que respecta a mis soldados... ¿Qué he de decir a usted? Mis soldados se alimentan con panes de carbón y los digieren perfectamente.

ARTURO Ya no hay carne ni pan. Cuando falte todo, las legumbres y hasta las hierbas ¿qué hará usted?

CORONEL ¿Qué hacen los trabajadores?

ARTURO Se mueren de hambre.

CORONEL Pues eso haremos todos, obreros y soldados, moriremos de hambre. Unos en busca de su redención; otros en cumplimiento del deber. Ellos, los obreros, con la palma del martirio. Nosotros, los soldados, con la divisa del honor, y todos, hijos de Inglaterra, bajo el pavés de la patria.

ARTURO De modo ¿qué no hay remedio?

CORONEL Uno sólo.

ARTURO ¿Cuál?

CORONEL Que ceda el Trust. Que ceda usted.

ARTURO Eso nunca.

CORONEL (Levantándose.) Visita terminada. No. No se levante. Permanezca sentado.

ARTURO ¿Piensa tomar alguna medida?

CORONEL Ninguna. La solución del conflicto ya no depende de la fuerza pública. Todos los trabajadores de tracción y acarreo han secundado la huelga que ya es general en Inglaterra. Los trenes no circulan; por las carreteras no transita ni un sólo vehículo. Las calles de Londres están desiertas, los talleres parados. Nadie puede moverse. El país entero se ha convertido en un gigantesco cadáver. Nos hallamos abocados a la catástrofe más espantosa que registran los siglos. Creo que esto debe meditarse seriamente, amigo mío. Adiós. (Vanse el Coronel y Oficiales por el foro.)

ESCENA VI

ARTURO

ARTURO Si un Coronel del ejército se expresa en tales términos ¿qué han de hacer los demás? Así es como se envalentonan los otros. ¿Y mi padre? ¡Vaya un modo de mirar por sus intereses!

ESCENA VII

Dicho y ELENA, por la derecha

ELENA ¡Hermano!

ARTURO ¡Sólo tú faltabas!

ELENA Oyeme.

ARTURO ¿Traes pan?

ELENA No.

ARTURO Entonces. Me voy. Me voy para no escuchar tus lamentos de Magdalena arrepentida.

ELENA ¡ Arturo !

ARTURO Dejadme ; dejadme todos. Viviré a solas con mi hambre, pero con mi tesón y mi derecho. (Vase por la izquierda.)

ESCENA VIII

ELENA

ELENA ¡ Se ha empedernido su alma ! Por eso no puede girar como la mía. Yo también tengo hambre, pero me muerde más la conciencia. Allí está el taller de máquinas donde William... (Se acerca al foro para mirar al través de las vidrieras.) ¿ Será aquél el volante que le hizo pedazos? Ahora está parado. Sólo gira en mi mente. ¡ Ay de mí ! ¡ Qué recuerdos me trae este aposento ! El recuerdo de William me desfallece más que el hambre. (Se deja caer en una silla y llora.) ¡ Abismos de la conciencia ! ¡ Me acuerdo más de William que de Ricardo ! Los dos fueron mis víctimas, pero al otro le sacrificó mi perfidia. Qué ganas tan grandes me acometen de llorar.

ESCENA IX

Dicha y el viejo SAMSON por el foro. Se detiene a contemplar a Elena

SAMSON ¡ Llora ! ¿ Será de hambre? No. El hambre es un ardor de la sangre que seca las lágrimas en los ojos. El hambre es enjuta. ¡ Me da lástima ! ¡ Señorita Elena !

ELENA ¡ Ah ! ¡ Samson ! Ven aquí. Tu cara ya no me asusta. Tu dolor ya no me espanta. (Pausa.) Creo que vas peregrinando en busca de una sombra.

SAMSON En busca del alma caritativa que quiera sacarme la espina que sangra en la mía. Acaso me pueda usted dar alguna luz.

ELENA ¿Qué quieres saber?

SAMSON La causa que arrojó a mi William a la desesperación.

ELENA ¿Deseas vengarle?

SAMSON Si alguien hubiese sido el matador...

ELENA Yo le conozco.

SAMSON ¿Usted?

ELENA ¿Qué harías si yo te señalase al asesino?

SAMSON Matarle también.

ELENA Pues bien. Aquí está su pecho.

SAMSON ¿Qué escucho? ¡Divino Dios!

ELENA ¿No llevas encima ningún hierro? Hiere, Samson.

SAMSON ¿Usted, señorita... usted?...

ELENA Yo, que apreté su corazón contra el mío. Yo, que aproximé mis labios a los suyos. Yo, que encendí su sangre. Yo, que hice brotar en su alma el deseo, ciñéndole con mis brazos para que estallase en un beso, aquella alma enamorada. Yo, que le denuncié después a mi padre para que castigase su acción, calificándola de villana y miserable... ¿Qué haces que no me matas?... ¿Por qué te detienes, Samson? Salga un rayo de cólera de tus ojos... Piensa en la imagen ensangrentada de tu hijo... ¡Véngale!

SAMSON (Agarrándola del brazo bruscamente.) ¿Y por qué hizo usted eso?

ELENA Para desprestigiarle a los ojos de mi padre y con él a todos los obreros que habían despertado nuestro despecho rencoroso.

SAMSON Y el señor Jameson le afrentó, le humilló, le escarneció...

ELENA Mi padre le dijo que se fuera a Londres, porque ya no podía dignamente residir en nuestra casa.

SAMSON ¿Eso sólo?...

ELENA Y fué bastante para que William pensara en el suicidio... Aquella alma sensible y enamorada no podía hacer otra cosa... ¡Pagó con su vida un beso de amor!

¡Pobre muchacho!... ¡Pobre muchacho! (Ocupa de nuevo su asiento y llora.)

SAMSON ¡Sufre por él!... ¡Le compadece!...

ELENA ¿No me matas? Tu corazón es más generoso que el mío.

SAMSON ¿Siente usted remordimientos, señorita?

ELENA ¡No se aparta su imagen de mi alma!... Por devolverle la existencia sacrificaría gustosa la mía... Por oir de sus labios una palabra de perdón le daría mi sangre. Más aun, Samson, más aun. ¡Le devolvería aquel beso!... (Samson saca, sin decir palabra, un cuchillo que lleva oculto.)

ELENA ¡Hiere! ¡Hiere!

SAMSON (Saca un pedazo de pan que trae también oculto. Lo corta en dos pedazos.) Tome usted, señorita. la mitad de este pan.

ELENA ¡Jesús!

SAMSON La perdono en nombre de mi hijo. Me voy para no estallar de pena. (Vase por la derecha.)

ESCENA X

ELENA, que queda suspendida de asombro viéndose con el pedazo de pan en la mano

ELENA ¡Pan generoso! ¡Bendita sea la harina que sirvió para amasarte!... ¡Bendita sea la tierra que produjo los granos de trigo!... Eres más que el pan de la vida... Eres el pan del amor y la misericordia.

ESCENA XI

Aparece en el foro, sin atreverse a pasar adelante, una MUJER del pueblo, llevando en sus brazos una niña de cinco años

MUJER ¡Pan! ¡Pan para mi hijita!

ELENA ¡Pobre niña!... ¿Qué edad tiene?

MUJER Cinco años... Me pide pan y no puedo

dárselo... ¡Se está muriendo de hambre!

ELENA — Tome usted. (Le da el pedazo de pan que dejara Samson en sus manos.)

MUJER — ¿Me da un pedazo tan grande?

ELENA — Para las dos.

MUJER — No, no. Sólo para ella... Yo ya me alimento con legumbres y hierbas cocidas. Escondo el pan para que nadie nos lo quite. Da horror lo que pasa, señorita... Da horror lo que pasa... Gracias una y mil veces...

ELENA — Vaya, buena mujer, vaya.

MUJER — ¡Que Dios se lo pague!... ¡Que Dios se lo pague!... ¡Y eso que dicen que tiene malos sentimientos! (Vase por el foro.)

ESCENA XII

ELENA

ELENA — Lo que satisface al alma una buena acción... Ya no tengo hambre.

ESCENA XIII

Dicha y ARTURO, por la izquierda

ARTURO — ¿Aun no te has ido?

ELENA — No me he acordado de ti. Tenía pan y acabo de dárselo a una pobre.

ARTURO — ¿Tenías pan y se lo has dado a una pobre?

ELENA — Sí; a una mujer, que llevaba en brazos a su hijita muerta de hambre.

ARTURO — ¡Mala hermana! ¿Qué has hecho?

ELENA — Lo que el corazón me ha dictado.

ARTURO — Aun habrá tiempo... Corre y quítaselo de las manos... ¡Pan! ¡Pan!

ELENA — Me pides un imposible.

ARTURO — ¿Ves que perece tu hermano y le das el pan a otro? ¡Estaba por ahogarte en tre mis manos!

ELENA Ahógame. Me harías un bien.

ARTURO ¡Mis piernas flaquean!...

ELENA ¡Toma asiento! ¡Toma asiento!

ARTURO ¡No te acerques!... ¿Crees que soy tan débil que ya no pueda llegar hasta la mesa?... Mira... (Toma asiento.)

ELENA Ese pan no era para nosotros... Estaba manchado de sangre.

ARTURO ¿De sangre?

ELENA Sí; de aquella que vertió William cuando le hizo pedazos la máquina.

ARTURO ¿Quién te lo ha dado?

ELENA El viejo Samson.

ARTURO ¡Para él! ¡Para él! (Pausa.)

ELENA ¡Qué crimen cometimos, Arturo!

ARTURO ¡Calla! ¡Calla! ¿Qué has comido?

ELENA Nada.

ARTURO ¿Y no te baila como a mí la cabeza?

ELENA Me sostiene la pena que siento.

ARTURO Yo quisiera tener fiebre para no tener hambre... Tócame.

ELENA (Le pasa la mano por la mano por la frente.) ¡Estás frío!

ARTURO Lo que me aterra no es el día de hoy. Es el día de mañana. Esos miserables resisten más que nosotros. ¡Son capaces de alimentarse con cortezas y raíces... ¿Sabes porque luchan hasta perecer por las calles? Porque quieren nuestras libras esterlinas... ¡Quieren ser señores!... Vivir sin trabajar a costa de nuestro dinero... Pasearse triunfantes pisoteando los derechos de sus amos...

ELENA Calla. Calla. Estamos dejados de la mano de Dios.

ARTURO ¿Por qué dices eso?

ELENA Por la ambición que nos domina. Bien decía nuestro padre que los bienes que proporciona el Trabajo deben ser repartidos con más equidad y justicia.

ARTURO Conforme a lo que cada cual pone de su parte.

ELENA Ellos, los trabajadores, ponen el sudor y la fatiga.

ARTURO Eso no cuesta dinero.

ELENA Extraen el pan negro de las obscuras entrañas de la mina. Luego este mismo pan, convertido en sabroso alimento, se derrocha en nuestra mesa y falta en la suya.

ARTURO Ellos son más rudos y toscos que nosotros.

ELENA ¡Por Dios, hermano! Deja que descienda hasta tu corazón una ráfaga de amor al prójimo. Ilumina tu espíritu con el resplandor que ha puesto claridad en el mío. ¡Acuérdate de William! ¡Acuérdate del doloroso sacrificio de Ricardo! ¡Compara la paz que antes reinaba en esta casa con la guerra que ahora sostienes!... Compara y verás la diferencia.

ARTURO Compara tú también los balances y verás la diferencia que va en libras esterlinas.

ELENA ¿Y para qué tantas libras esterlinas? Una perla menos en el collar... Más sobriedad en los gastos de la mesa y una cuenta corriente no tan crecida en el Banco... ¡Cuántas lágrimas enjugan y cuántas miserias evitan!

ARTURO Pan es lo que necesito y no sermones.

ELENA ¿Para que pides pan? Come libras esterlinas.

ARTURO De eso me quejo; de la implacable Naturaleza que nos impone sus necesidades.

ELENA Si tanto amas las riquezas debes agradecérselo.

ARTURO ¿Por qué razón?

ELENA Porque merced a esa ley implacable los trabajadores sienten la necesidad que todos sienten de tener que vivir para comer. Si así no fuera, no tendrías criados, ni talleres, ni riquezas.

ARTURO Dejemos eso. ¡Qué angustia!

ELENA ¡Desventurado! ¿Piensas vivir sin comer?

ARTURO Ya me alimentan tus recriminaciones.

ELENA Despégate algo de tu amor al dinero. Ofrece por un pan una suma considerable.

ARTURO Ya lo hice y esa es mi esperanza; pero no vienen... no vienen.

ELENA Habrás ofrecido poco.

ARTURO ¡Cien libras! ¡Cien libras! Que me las arranca del corazón.

ELENA Ofrece hasta mil si es necesario.

ARTURO ¿Mil libras por un pan? Antes me muero de hambre. Pero ese bergante de Vandik, ¿qué hace viendo que nadie acude? Llámale. Y también a Ketti. Que vengan todos.

ELENA (Tocando un timbre primero y acercándose luego a la puerta derecha llamando.) ¡Ketti! ¡Vandik! Bajad al punto.

ARTURO Se conoce que ellos comen y están satisfechos. No importa que padezca el amo. ¡Vaya un interés que demuestran!

ELENA Sosiégate que ya vienen.

ESCENA XIV

Dichos y VANDIK y KETTI por la derecha.

VANDIK Aquí estamos.

ARTURO ¿Cómo cumpliste mi encargo?

VANDIK Fuí a muchas casas haciendo el ofrecimiento.

ARTURO ¿No dijiste que...?

VANDIK Sí. Unos trabajadores me dijeron que vendrían y que traerían un pan.

ARTURO Nadie ha venido. Y en cambio vosotros tan apacibles y satisfechos. Habíais de sentir los mordiscos que yo siento en las entrañas. ¡Moveos! ¡Moveos!

VANDIK (Yéndose del foro.) Aquí viene un obrero.

ARTURO ¡Ese viene por las cien libras esterlinas!

ESCENA XV

Dichos y OBRERO por el foro.

OBRERO ¿Es verdad que el señor ofrece?...
ARTURO Sí. Diez libras por un pan. ¿No lo traes?
OBRERO Dijéronme que eran cien libras.
ELENA Sí. Cien libras.
OBRERO Haremos por el señor un gran sacrificio. ¡Nuestros hijos se mueren de hambre!
ARTURO ¡Bah! ¡Bah! Dejaos de hijos. ¡Libras! ¡Libras!
OBRERO Estamos desfallecidos. No se ven por doquiera más que rostros cadavéricos.
ARTURO ¡Libras! ¡Libras!
ELENA ¡El pan! ¡El pan!
OBRERO Lo traen mis compañeros que atrás quedaron un poco.
ARTURO ¡Qué agonía!
OBRERO Ya están ahí.
ARTURO ¡Pronto! ¡Pronto!
OBRERO Venid, compañeros, venid. Que el señor tiene hambre... ¡Daos prisa! ¡Daos prisa!

ESCENA FINAL

Aparecen seis OBREROS con el rostro escuálido y malamente vestidos. Uno de ellos trae una bandeja y en ella un pan de carbón de piedra cubierto con un papel.

OBRERO Aquí está el pan. Ofréceselo al amo.
ARTURO Venga. Venga. (Con gran precipitación arrojándose sobre la bandeja y apoderándose del pan de carbón.) ¿Qué esto? ¡El pan de piedra! ¡El pan de piedra! (Cae sobre la silla arrojando al suelo el carbón y prorrumpiendo en una gran carcajada, como hombre que pierde la razón.) ¡Ja... ja... ja!...

TELÓN

FIN DEL ACTO IV

ACTO QUINTO

La decoración de los actos segundo y cuarto.

ESCENA I

Aparecen en escena OBRERO y otros muchos

OBRERO ¿Habéis visto qué cara de bondad ha traído?

TODOS Sí. Sí.

OBRERO Podemos asegurar que ha empezado de nuevo la dicha en esta casa.

ESCENA II

Dichos y WIT por el foro.

WIT ¿Es verdad, compañeros?

OBRERO Albricias, Wit, albricias.

WIT ¿Cuándo ha venido?

OBRERO Esta mañana en el primer tren que ha circulado después de la terminación de la huelga.

WIT ¿Y dónde está; dónde está el señor Jameson?

OBRERO Arriba con su hija la señorita Elena quien también se ha sorprendido por su llegada; mas no tardará en bajar.

WIT ¿Le habéis visto? ¿Viene algo cambiado o desconocido?

OBRERO Nada de eso, Wit, nada de eso. Ha llegado como se fué; hasta con el mismo traje, pero más bueno y cariñoso que nunca.

WIT La alegría me ensancha el corazón hasta el punto que parece como que quiere saltar del pecho.

OBRERO Lo mismo nos sucede a nosotros. ¡Ahí es nada, tenerle de nuevo por amo!

WIT Es más bueno que el pan.

OBRERO Un hombre justo. Yo le estreché en mis brazos al llegar como si hubiera sido mi padre.

WIT Para él no tiene más valor el dinero que aquel que le otorgan las buenas acciones.

OBRERO Así es como se hace de respetar.

WIT Y de querer.

OBRERO (Acercándose a la derecha.) Me parece que ya baja. Sí; ya baja.

ESCENA III

Dichos y JAMESON por la derecha.

JAMESON ¡Amigos!...

OBRERO ¡Viva el señor Jameson!

TODOS ¡Viva!

WIT Señor, señor... (Alargándole la mano.)

JAMESON A mis brazos, Wit, a mis brazos. (Se abrazan.)

OBRERO ¡Hurra!

TODOS ¡Hurra!

OBRERO A mí también otro abrazo.

TODOS Y a mí. Y a mí.

JAMESON Abrazadme cuanto queráis. Apretad de firme. A ver si alguna vez el cariño puede ahogarnos.

WIT Basta. Basta.

OBRERO Dispénsenos, señor Jameson. Es que teníamos ganas de verle.

JAMESON Ya sé que habéis padecido mucho; pero

ya estoy aquí... Ya estoy aquí. ¿Desea usted volver a sus máquinas, Wit?

WIT — Ya lo creo, señor, ya lo creo.

OBRERO — Y nosotros también estamos ávidos de volver a bajar a la mina y ponernos la cara como los negros de Guinea para que usted vea que trabajamos a gusto.

JAMESON — Ya lo sé, amigo Dewet, ya lo sé. Hay que arrancarle a la Tierra los panes que esconde para convertirlos en calor y electricidad y dar con ellos movimiento, luz, y alegría al mundo.

ESCENA IV

Dichos y FULTON por el foro

WIT — ¡ Fulton !

OBRERO — ¡ El maestro de escuela !

FULTON — ¡ Señor !

JAMESON — ¡ Hola, maestro ! (Se abrazan.)

WIT — ¡ *Old raid* !

TODOS — ¡ *Old raid* !

FULTON — Me parece que sueño.

JAMESON — No hay tal sueño, Fulton, no hay tal sueño. Apriete de firme a ver si tropieza con la realidad.

FULTON — Es usted el mismo.

JAMESON — Míreme bien a ver si se equivoca.

FULTON — (Volviendo a los brazos de Jameson.) ¡ Señor Jameson ! ¡ Señor Jameson !

JAMESON — Se ha vuelto más niño de lo que era. A ver si con tantos apretones me hacéis saltar las lágrimas, porque yo no os entrego el cuerpo, os entrego el alma.

FULTON — El alma es la que se me está saliendo por los ojos.

JAMESON — Propongo un armisticio. Hablemos como si nunca hubiéramos dejado de vernos.

FULTON — Bueno, señor, bueno.

JAMESON — Supongo que querrá usted de nuevo ejercer su noble magisterio.

FULTON ¿Volver a mi profesión? ¿Educar a los niños?

JAMESON A ver si ahora le mata la alegría y malogra su esperanza.

FULTON ¿Se abrirá de nuevo la escuela?

JAMESON No estará cerrada más que el tiempo que usted considere necesario para que puedan reanudarse las clases. Creo, sin embarga, mejor que la pintemos de nuevo. Traigo unas cajas repletas de instrumentos y de formas empíricas para que puedan las lecciones del maestro adaptarse más prontamente al entendimiento de los niños.

ESCENA V

Dicho y SAMSON por el foro

WIT ¡El viejo Samson! ¡El viejo Samson!

JAMESON ¡Samson! ¡Oh! (Se abrazan sin decir palabra. Los demás se apartan enjugándose los ojos. Cuadro de muda sensación.)

SAMSON ¡Tiemblo! ¡Tiemblo!

JAMESON Tome asiento aquí. (Le conduce cariñosamente hasta una silla haciendo que tome asiento.) ¡Esta es la emoción más fuerte! (Todos los obreros se reconcentran para formar un grupo aparte del que forman Jameson y el viejo Samson.) ¿Aun no se ha cicatrizada su herida? ¿No es verdad, Samson?

SAMSON Abierta se halla todavía pero estoy más consolado porque se derramó sobre ella un bálsamo bienhechor.

JAMESON ¿Las lágrimas de un corazón arrepentido?

SAMSON ¿Le ha dicho la señorita?

JAMESON Todo. Y también que usted fué pródigo desprendiéndose por mitad de aquel pan de amor y misericordia.

SAMSON ¡Ya estoy pagado! ¡Ya estoy pagado!

JAMESON Esta es mi diestra, Samson.

SAMSON ¡Ah! señor.

JAMESON ¿Somos amigos?

SAMSON ¿Qué escucho? Cómo sabe usted penetrar en el alma de este pobre viejo. Mi cuerpo se inclina hacia la tierra. Usted me sostiene.

JAMESON Yo seré su báculo. Amigos, el viejo Samson nos da ejemplo a todos por su fortaleza de ánimo. Es más fuerte que un roble. Vivirá eternamente para corresponder al hondo efecto que yo le profeso y al cariño que se ha conquistado entre sus compañeros.

FULTON El coronel del regimiento de Irlanda y algunos oficiales.

WIT Nos retiramos.

JAMESON No. Pueden quedarse. La visita del coronel es de cumplido.

ESCENA VI

Dichos y el CORONEL, seguido de algunos de sus oficiales.

CORONEL Breves instantes, señor Jameson.

JAMESON Adelante, mi coronel. Estoy a sus órdenes.

CORONEL Constituímos la representación del regimiento de Irlanda. Le damos la bienvenida en primer lugar y en segundo le felicitamos por el gran discurso que pronunció en Londres en el Palacio del Trabajo y la Ciencia y cuyas conclusiones han sido aceptadas por el Parlamento dando lugar al término feliz de la huelga que tanto afligía a nuestra Patria. Con hombres de ese temple y de esa elevación de espíritu es como se engrandecen los pueblos y se dignifican los ciudadanos.

JAMESON Coronel. Recibo con profunda gratitud el homenaje que os dignáis hacerme en nombre de vuestro regimiento. Me consta la digna actitud que habéis guardado en el

pasado conflicto demostrando que la disciplina y la humanidad no son incompatibles en todos los casos. El regimiento que puede ostentar como divisa de su gloria el hermoso sacrificio del capitán Ricardo de Wilson merece ser mandado por un coronel tan digno como el marqués de Cowes.

CORONEL ¡Viva el honorable señor Jameson!

TODOS ¡Viva!

JAMESON ¡Viva el coronel del regimiento de Irlanda.

TODOS ¡Viva!

CORONEL ¡Viva el pueblo de Inglaterra!

TODOS ¡Viva! (Se estrechan la mano el Coronel y Jameson y vanse el coronel y oficiales por el foro.)

ESCENA VII

Los mismos menos el CORONEL y OFICIALES

JAMESON Me ha complacido sobremanera, amigos míos, que me hayáis secundado tan espontáneamente en esta manifestación. Grabad en vuestra memoria las palabras que voy a dirigiros. En la lucha que se ha entablado entre el Trabajo y el Capital, la misión más difícil y espinosa corresponde a la fuerza armada. Los trabajadores quieren ir muy deprisa porque así lo exigen las necesidades que sienten, cada vez más apremiantes, y los patronos van muy despacio porque así conviene al principio de los intereses creados. De este irreparable antagonismo surje el choque que rompería la disciplina social si ésta no se hallase amparada y defendida por la disciplina del Ejército. ¿Dónde está el remedio? En el dolor también inevitable. Sabedlo. El dolor es el gran maestro de la vida y tiene enseñanzas para todos. Para el trabajador

porque le enseña a legitimar sus ideales de justicia. Para el patrono porque aprende a modificar más liberalmente las formas de su egoísmo y para el ejército porque aleccionen sus procedimientos de fuerza hasta evitar el superfluo derramamiento de sangre... Lo malo es que los Códigos se divorcian accidentalmente de la realidad de los tiempos, donde se contienen nuevas fórmulas de Progreso y Justicia, y para entonces es cuando hacen falta los hombres de buena voluntad que eviten el excesivo rigor de los choques dolorosos. Así lo ha comprendido el coronel del regimiento de Irlanda a juzgar por la conducta prudente y generosa que ha observado con los huelguistas. Así debéis haberlo comprendido vosotros y por esta misma razón he correspondido yo a su buena voluntad apretando su mano, no por mera fórmula, sino esculpiendo en ella el calor que brota del alma agradecida.

WIT FULTON — Magnífico, señor Jameson; magnífico. Si yo supiera expresarme de ese modo cuántos Sénecas y Demóstenes saldrían de mi escuela.

SAMSON — ¡Qué lástima que haya muerto mi William, para que también le hubiese oído!

ESCENA VIII

Dichos y ELENA, por la derecha

ELENA — ¡Padre!

JAMESON — Ven, hija mía... ¡No me cansaría de tenerte en mis brazos!... Dewet, Fulton y Wit... Arriba encontraréis al doctor George... Recibid las instrucciones que tiene que comunicaros... Adiós, Samson... Hasta la vista amigos.

SAMSON — Adiós, señor. (Vanse Dewet, Fulton y Wit por la derecha y Samson y los demás por el foro.)

ESCENA IX

JAMESON y ELENA

JAMESON Toma asiento, Elena. (Se sientan.) ¡Conque embeleso te contemplo!

ELENA Yo también.

JAMESON Dejé una rosa altiva y me encuentro con una humilde violeta. Serás el encanto de mi vejez.

ELENA ¡Ay, padre mío!

JAMESON ¿Por qué inclinas así la frente?

ELENA ¿Cómo habré de decírselo al más bueno de los hombres, al más cariñoso de los padres?

JAMESON La verdad debe decirse por amarga que sea.

ELENA La flor de mi vida se ha tronchado. El recuerdo de William y la imagen de Ricardo se han interpuesto en mi alma en forma de cruz y con ella voy a cuestas.

JAMESON No te aflijas... Yo seré tu Cirineo.

ELENA Ya he perdido la fe en los bienes que reporta la existencia. Allí donde dirijo las miradas hallo una prenda acusadora. Descubro mi joyero y el brillo que despiden las sortijas y los brillantes me ofende como si en vez de halagar castigasen mi vanidad de mujer. Abro la consola y me encuentro con mi traje blanco de desposada y el ramo de azahar marchito. Monto a caballo para ver si expansiono en mi distracción favorita el corazón entristecido y apenas salgo al campo aflojo las riendas ensimismada en mis pensamientos. El caballo me guía a su antojo y mira, padre, que instinto... Siempre me conduce al mismo lugar... Al montículo donde hallé a William, pintando, aquella triste mañana... Así resulta que la vida se me hace insoportable y me acomete la idea,

como única esperanza, de arrojarla a la oración y al silencio en un piadoso retiro... a la soledad del claustro.

JAMESON ¡Ya me has herido!

ELENA ¡Pérdoname!

JAMESON No implores mi perdón... Implora mi consejo.

ELENA Aconséjame.

JAMESON Tu alma ha girado, pero como siempre acontece ha rebasado el término justo de la parada. Te hallabas en el extremo Norte, llena de vanidades y orgullos, y te has pasado al extremo Sur llena de sombras y supersticiones. Antes la mujer excesivamente vanidosa; ahora la Elena demasiado sentimental.

ELENA ¿Puede haber otra Elena?

JAMESON Sí.

ELENA ¿Cuál?

JAMESON La Elena razonable.

ELENA ¡Ay, Padre! ¿Dónde está esa perla?

JAMESON Voy a decirtelo si me prometes aflojar las riendas de tu pasión como haces con las riendas de tu caballo. Yo no te conduciré al montículo que es tu pequeño Gólgota.

ELENA ¡Habla! ¡Habla!

JAMESON ¡Siempre el convento! Como si el náufrago de la dicha no tuviese otra playa donde arribar.

ELENA ¿Hay otras playas?

JAMESON Tantas como mares tiene la vida. Oyeme sin rubor y sin vergüenza del alma. En tu existencia desolada aun puede haber otro mayo florido. Aun puede volver a tus sienes el ramo de azahar.

ELENA ¿Qué dices?

JAMESON Ahora que eres buena. Ahora que tu persona vale y que despide tu alma perfume de violeta, cuando atesoras las pruebas que constituyen el fundamento de la dicha humana, pretendes arrojarlas a la soledad del claustro. No, hija mía. Detente

en el término justo. Fíjate en alguno de esos jóvenes obreros que bajan a la mina cargados con la cruz de su pobreza, pero contentos y satisfechos por el trabajo que les eupo en suerte. Fíjate en el más honrado aunque sea el más pobre y hazle feliz.

ELENA ¿Sería posible que?...

JAMESON ¿No era William, a quién saerifieaste, un obrero?

ELENA Sí.

JAMESON ¿No te había abierto su eorazón?

ELENA Sí.

JAMESON ¿No hubiera heeho tu felieidad?

ELENA Seguramente.

JAMESON Pues ya que un obrero no pudo haeerte dichosa porque tu vanidad invirtió los términos de la dieha verdadera, ahora que tu alma ha girado tómate esta peniteneia. Cásate con otro obrero y hazle diehoso.

ELENA ¡Dios mío! ¡Dios mío!

JAMESON Eso es lo que te manda Dios. Eso es lo que pide la Naturaleza. Eso es lo que reclama la virtud y ese es el deber que te impone tu padre.

ELENA ¡Tienes razón, padre mío! Seguiré tu consejo.

JAMESON ¡Ah! Este es día de gloria y jubileo. ¡Qué peso tan grande me quitas del eorazón! Ya te has heeho digna de poseer una prenda inestimable. Una joya de arte.

ELENA ¡Me sorprendes!

JAMESON (Sacando de su cartera un papel doblado. Es el retrato de Elena que pintó William.) Aquí está la joya. Tuya es.

ELENA ¡Mi retrato! ¡El retrato que pintó William!

JAMESON Y que ha sido mi embeleso en mi larga auseneia.

ELENA ¿No escribiste aquí al pié?...

JAMESON Ya veo que aun te acuerdas... Eseribí es-

ta frase: La cabeza es hermosa, pero sin seso.

ELENA ¿Y la has borrado?

JAMESON Sí; la he borrado con mis besos y mis lágrimas.

ELENA (Abrazando a su padre.) ¡Padre adorado! ¡Padre adorado! (Pausa.)

JAMESON Basta, hija mía, basta. No seamos egoístas hasta el punto de apurar el tiempo sólo en nuestro provecho. No sólo se cebó en ti la desgracia.

ELENA Es verdad. Ocupémonos de Arturo.

JAMESON ¿Dónde está?

ELENA (Señalando la primera derecha.) En aquella habitación.

JAMESON Me dijiste que le acometen accesos furiosos en su locura.

ELENA Por eso le tenemos encerrado. Sólo yo consigo amansar a la fiera. Sólo de mi mano quiere recibir los alimentos. ¿Quieres verle?

JAMESON No. Porque malograríamos el plan del doctor.

ELENA ¿Quiéres oirle?

JAMESON Eso sí.

ELENA Atiende. (Vase a la primera derecha y da algunos golpecitos en la puerta diciendo.) ¡Arturo! ¡Arturo!

ARTURO (Dentro con voz estentórea como al final del acto cuarto.) ¡El pan de piedra! ¡El pan de piedra!... Ja... ja... ja...

JAMESON ¡Desdichado! Basta, Elena. No le exaltes. Ahí tienes el resultado de las malas pasiones. Yo dejé en sus manos la dirección del negocio como él quería, sabiendo que una tempestad de dolor había de pasar por esta casa, porque no había otro remedio. No hay Ciencia ni Amor ni Sabiduría, que puedan poner freno a la ambición de los hombres. En semejante caso tiene que cumplirse la Ley inexorable.

El dolor tiene que hacer su oficio... ¡Pobre Arturo! ¡Pobre hijo mío!

ESCENA X

Dichos y el Doctor GEORGE por la derecha seguido de DEWET, FULTON y WIT. Este con una bandeja cubierta con un papel. Salen también dos obreros con hachones encendidos

MÉDICO ¡Señor Jameson!

JAMESON ¿Llegó ya la hora?

MÉDICO ¿Recuerda bien mis instrucciones, señorita?

ELENA Y tanto. Abriré esa puerta y le diré a mi hermano que ya vienen los obreros con el pan apetecido...

MÉDICO Lo mismo que cuando perdió la razón.

ELENA Exactamente.

MÉDICO ¿Qué personas había más aquí?

ELENA Mi doncella Ketti y Vandik.

MÉDICO ¡Qué bajen! ¡Qué bajen!

JAMESON Vaya, Fulton, déles el aviso.

FULTON Al instante. (Vase Fulton por la derecha.)

ESCENA XI

Los mismos menos FULTON

MÉDICO (Al obrero.) ¿Usted se acuerda bien del papel que tiene que desempeñar?

OBRERO Perfectamente.

MÉDICO ¿Cuál era el puesto que ocupaba?

OBRERO Allí, junto a la puerta de entrada al taller.

MÉDICO Colóquese en el mismo lugar. (El obrero se sitúa en el foro.)

ESCENA XII

Dichos y FULTON y KETTI y VANDIK por la segunda derecha.

MÉDICO ¿Ustedes dónde se hallaban cuando perdió la razón su amo?

KETTI Yo en este lugar.

VANDIK Y yo en este.

MÉDICO Muy bien. Ya se ha reconstituído en parte

la escena. Ahora ciérrense todas las puertas para que no pueda penetrar en esta sala la luz del día. (Vase Fulton por el foro para cumplimentar la orden quedando luego por algunos instantes obscura la escena iluminada sólo con los hachones.)

JAMESON Doctor; tiemblo a mi pesar. ¿Usted confía en que vuelva la luz al cerebro de ese desgraciado?

MÉDICO El choque que ha de producirse en su cerebro debe ser muy enérgico, si han de recuperar su puesto las células perturbadas, pero la impresión que vamos a producirle será también muy profunda. ¿Y la bandeja con el pan?

WIT Aquí está.

MÉDICO Señor Jameson. Nosotros fuera.

JAMESON Vamos. ¡Valor, hija mía!

ELENA Ya lo tengo, padre. (Vanse por el foro Jameson, el Médico, Fulton y Wit. Los demás quedan en escena ocupando los puestos señalados. Los obreros con los hachones si situan al fondo uno a cada lado.)

ESCENA XIII

Los mismos, menos los indicados

ELENA ¡Oh mi Dios! ¡El amor me ha redimido! En mi corazón ha brotado de nuevo la esperanza. ¡Qué sea la ciencia la que redima a mi hermano, desvaneciendo las sombras de su espíritu! (Abre la puerta primera y dice:) Ven, Arturo... Ven, hermano mío... Ya está aquí el obrero que trae el pan que codicías.

ESCENA XIV

Dicha y ARTURO, por la derecha

ARTURO ¡No vienen! ¡No vienen! ¡Tengo hambre! ¡Tengo hambre!

ELENA Mírale... Ahí está.

ARTURO ¡Ese viene por las cien libras esterlinas!

OBRERO Hacemos un gran sacrificio por el señor... nuestros hijos se mueren de hambre.

ARTURO ¡ Bah ! ¡ Bah ! Dejaos de hijos. ¡ Libras ! ¡ Libras !

OBRERO Sólo se ven por doquiera rostros cadavéricos.

ARTURO ¡ Libras ! ¡ Libras !

ELENA ¡ Pan ! ¡ Pan !

OBRERO Ya lo traen mis compañeros que atrás quedaron.

ARTURO ¡ Pronto ! ¡ Pronto !

OBRERO Venid, compañeros que el amo tiene hambre... ¡ Daos prisa ! ¡ Daos prisa !

ARTURO ¡ Pan ! ¡ Pan !

ESCENA FINAL

Dichos y JAMESON, seguido del MÉDICO, FULTON, WIT, SAMSON y otros OBREROS. Jameson trae la bandeja con el pan de trigo cubierto por un periódico.

OBRERO ¡ Aquí está el pan ! Ofréceselo al amo. (Jameson se adelanta y ofrece el pan en la bandeja Arturo.)

ARTURO (Arrojándose sobre él como fiera hambrienta.) ¡ Venga ! ¡ Venga ! (Lo descubre y al ver que aquel no es el pan de sus delirios queda en suspenso.)

JAMESON (Con voz vibrante.) ¡ Ese no es el pan de piedra, hijo mío ! Es el pan de trigo que ofrece la Naturaleza... ¡ El pan de la vida que bien repartido produce la dicha de todos los hombres en el Amor, la Paz y el Trabajo !

ARTURO (Reconociendo a su padre y arrojándose en sus brazos.) ¡ Padre !...

TODOS ¡ Hurra !...

TELÓN

FIN DEL DRAMA

BIBLIOTECA
TEATRO MUNDIAL
Dirección: San Pablo, 21.—BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

1. La princesa del dollar
2. La Ola gigante
3. El señor Conde de Luxemburgo
4. Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes
5. El Sol de la Humanidad
6. Zazá
7. Mujeres vienesas
8. Hamlet
9. Giordano Bruno
10. El nido ajeno
11. El Rey
12. Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV
13. Los Miserables
14. La ladrona de niños
15. Los dioses de la mentira
16. Cristo contra Mahoma
17. Juventud de Príncipe
18. Juan José
19. La sociedad ideal
20. La cizaña
21. Entre ruinas
22. La vida es sueño
23. Sabotage
Pasa la ronda
24. Magda
25. El papá del Regimiento
26. El Alcalde de Zalamea
27. Los dos pilletes
28. D. Juan de Serrallonga
29. El Rey Lear
30. Espectros
31. Las Cigarras Hormigas
32. El registro de la policía
33. El vergonzoso en palacio
4. La fuerza de la con-
35. Aurora ciencia
36. Eva
37. El Bufón
38. El cuchillo de plata
39. Nick Carter
40. La cena de los cardena-
¡Justicia humana! les
41. El señor feudal
42. El veranillo de S. Martín
43. El desdén con el desdén
44. Cuento inmoral
Amor de amar
45. La dama de las camelias
46. La domadora de leones
47. Los dos sargentos fran-
48. El Místico — ceses
49. García del Castañar
50. La fierecilla domada
51. El honor
52. El sí de las niñas
53. María Antonieta
54. La viuda alegre
55. El conde de Montecristo
56 Otelo
57. El Barbero de Sevilla
58. Daniel
59. Pecado de juventud
60. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes
61. La muerte civil
62. La apuesta de Don Juan Tenorio
63. Sor Teresa o El claustro y el mundo
64. La niña boba

Precio: DOS pesetas